

ÚLTIMA JORNADA

CONTRA

LA DICTADURA



RELACIÓN SUMARIA DE LAS OPERACIONES

3 DE JULIO Á 28 DE AGOSTO DE 1891

POR

ISMAEL VALDÉS VERGARA

Secretario General de la Escuadra



CARTA AL SEÑOR

DON DIEGO BARROS ARANA, PUBLICADA EN "LA LIBERTAD ELECTORAL"

(CORREGIDA Y AUMENTADA)



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73

1891

ÚLTIMA JORNADA

CONTRA

LA DICTADURA



RELACIÓN SUMARIA DE LAS OPERACIONES

3 DE JULIO Á 28 DE AGOSTO DE 1891

POR

ISMAEL VALDÉS VERGARA

Secretario General de la Escuadra



CARTA AL SEÑOR

DON DIEGO BARROS ARANA, PUBLICADA EN "LA LIBERTAD ELECTORAL"

(CORREGIDA Y AUMENTADA)



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73



1891



ÚLTIMA JORNADA

CONTRA

LA DICTADURA



Santiago, 31 de agosto de 1891.

SEÑOR DON DIEGO BARROS ARANA.

Mi querido señor y mi viejo maestro y amigo:

Junto con el cariñoso saludo de bienvenida, recibí de usted la petición, que para mí es una orden, de referirle los acontecimientos tan trascendentales que en el corto espacio de unos cuantos días, han convertido á esta región que parecía una factoría de esclavos, en una nación soberana é independiente, dando al traste con el más infame dictador y con la más abominable tiranía, y haciendo revivir en nuestra querida y desgraciada patria las instituciones, los derechos y las libertades que en un momento de criminal ofuscamiento,

pretendió sacrificar para siempre el más malvado y cobarde de los hombres, que huye á estas horas vergonzosamente, perseguido por los remordimientos de su conciencia, si la tiene, y por el eco de los ayes de sus innumerables víctimas.

Quisiera hacerle una relación medianamente clara y comprensiva; pero ello es imposible por causa de mi insuficiencia y porque estoy todavía aturdido.

Las impresiones recibidas al llegar á mi hogar, las emociones que me ha producido el cariño de los míos, y sobre todo la conciencia de que somos algo, de que somos dignos de la nueva patria que hemos conquistado, me hace derramar todavía lágrimas de la más intensa felicidad.

La cabeza no funciona. Sólo siento los latidos de mi corazón.

La benevolencia característica del viejo maestro ha de disculpar todos los defectos en que incurra, considerando que sólo me propongo satisfacer la ansiedad general y el deseo mil veces repetido, de oír la relación de los hechos que nos han abierto el camino á nuestros querido hogares.

I

Llegada del *Maipo*.—Su cargamento.—Importancia de él.—Don Agustín Ross y don Augusto Matte.—Alistamiento de voluntarios.—Don Manuel Vicuña.—Don Basilio Cáceres.—Equipo del ejército.—El capellán Lisboa.

El 3 de julio, como ya usted sabe, echó el ancla en Iquique el venturoso trasporte *Maipo*, mandado por el afortunado capitán Gómez, que mes y medio antes había zarpado sigilosamente de Iquique con rumbo al Atlántico, para recibir un armamento adquirido en Europa por los señores don Agustín Ross y don

Augusto Matte, y despachado en un vapor mercante con todas las precauciones posibles para burlar la estricta vigilancia de los agentes del Dictador.

El júbilo con que se recibió en Iquique al *Maipo*, fué solamente comparable á las inquietudes y alarmas que nos producía el estado de impotencia en que habíamos vivido hasta ese día.

Sin más armamento que el arrebatado al enemigo en las batallas de que habían sido teatro las pampas, y con municiones escasísimas, hasta el extremo de ser insuficientes para ejercicios de tiro al blanco (que estaban suprimidos) vivíamos en la más alarmante inquietud, expuestos á ser amagados ó atacados por fuerzas de la Dictadura, con la certidumbre de que era enteramente imposible ó ineficaz la resistencia.

Además, las escasas fuerzas de que disponíamos estaban repartidas en el extenso territorio que ocupábamos, para confianza moral de sus habitantes.

Tan apurada era nuestra situación, que á mi partida de Iquique para el sur en el crucero *Esmeralda* el día 30 de junio, recibí el encargo de comunicar á las autoridades de Atacama la resolución de abandonar enteramente esa provincia si se retardaba algunos días más la llegada del *Maipo*.

Bien sabido se tenía que ese abandono significaba la entrega de la invicta provincia de Atacama á las hordas armadas por el bandido Stephan; pero era un sacrificio doloroso impuesto por la necesidad.

La llegada del armamento del *Maipo* evitó felizmente el cumplimiento de esa resolución suprema.

Debe saberse ya que el cargamento del *Maipo* no fué, ni con mucho, en la cantidad que nuestro patriotismo nos hizo fingir en la correspondencia á nuestros amigos que vivían bajo el régimen de la Dictadura.

El *Maipo* trajo solamente 5,000 rifles Grass y 2.000,000 de cartuchos; municiones para los cuatro mil rifles Mannlicher que nos quedaban de los tomados

al Dictador en el mes de enero; seis cañones Krupp, 1,700 granadas comunes y 1,000 granadas shrapnels, que con tanto éxito habían de emplearse más tarde.

El país debe un voto de aplauso y la gratitud más sincera á los distinguidos patriotas don Agustín Ross y don Augusto Matte, que con un celo y abnegación ilimitados se procuraron ese armamento y prestaron inmensos servicios, no conocidos por ahora, pero que el tiempo se encargará de hacer públicos.

Sus interesantes y valiosas informaciones telegráficas, que eran casi diarias, sus felices y activas gestiones para conseguir de los tribunales franceses la detención de los cruceros en construcción, que Balmaceda reclamaba, la valiosa adquisición de municiones para el armamento Mannlicher, que el mismo Dictador no pudo obtener á ningún precio, y en una palabra, la acción tan útil, tan eficaz y tan patriota y desinteresada de esos distinguidos ciudadanos, son títulos bastantes para merecer el homenaje de gratitud que yo les rindo, y que les debe el país.

El mismo día 3 de julio principió con febril actividad la organización del ejército y su alistamiento, para emprender la grandiosa campaña por la que tanto suspirábamos todos los que habíamos abandonado nuestros hogares, con la firme resolución de volver á ellos trayendo el orden y las libertades que un criminal nos había arrebatado.

Fué imposible pensar, antes del arribo del *Maipo*, en el alistamiento de voluntarios, porque además de negarse éstos á quedar en los cuarteles de guarnición, no se podía paralizar el trabajo de las salitreras sin disminuir considerablemente las rentas que percibíamos por impuesto sobre el salitre, única fuente de entradas.

Pero tan pronto como se supo que había armamento, y que se había resuelto expedicionar al sur, afluyeron de todas partes los voluntarios, y en todas las provincias en que imperaba el régimen legal se suspendieron

las faenas industriales para estimular y facilitar la organización del ejército.

En el alistamiento de voluntarios rivalizaron todas las provincias del norte con patriótico entusiasmo. Los vecinos de cada una hacían prodigios para enviar mayor número que las otras.

De las pampas y de las regiones salitreras y mineras afluían numerosas partidas de mineros y obreros á los puertos de Pisagua, Iquique, Antofagasta, Taltal, Chañaral, Caldera y Huasco. Todos llegaban ansiosos de tener un fusil, y más ansiosos aun de hacer uso de las armas que recibían para devolver á los hermanos del sur la libertad que se les había arrebatado.

En la importante tarea del alistamiento de voluntarios se distinguieron particularmente los ciudadanos don Manuel Vicuña y don Basilio Cáceres.

En Antofagasta y Taltal el primero, y en Chañaral el segundo, consiguieron ambos reunir los más valiosos contingentes de ciudadanos soldados, dispuestos á rendir la vida en defensa de las libertades públicas.

En la historia que ha de hacerse de la segunda campaña librada para hacer de Chile una nación libre y soberana, corresponderá una muy brillante página al modesto ciudadano don Basilio Cáceres, actualmente gobernador de Chañaral, que desde los primeros días de la Revolución puso al servicio de ella con patriótica abnegación y modestia sin ejemplo, su persona y sus bienes, sacrificándolo todo, absolutamente todo, para reconquistar la libertad, que él estima en más que las mayores riquezas.

Prueba de ello es que toda su fortuna fué consumida durante la Revolución en la organización de fuerzas y en la preparación y acopio de elementos para la defensa nacional. Solamente conservó el menaje de su hospitalario hogar; pero llegó un día al puerto de Chañaral la horda de bandidos capitaneada por el tahir Moraga, y todo el mobiliario del señor Cáceres fué

trasladado al buque que enarbolaba la insignia de la piratería y del robo, en castigo de su patriotismo y decisión por la causa de la libertad.

Tanta atención como al alistamiento de voluntarios, se prestó á la preparación del equipo y provisión del ejército.

Aunque en el comercio de Iquique y de todos los demás puertos estaban agotadas las materias primas, se consiguieron á fuerza de sacrificios y constancia, todos los elementos indispensables para la confección de ropa y de los demás artículos militares.

Improvisáronse talleres de sastrería, de talabartería, de hojalatería y de no sé cuántas otras industrias, para abastecer las necesidades cada vez más urgentes y apremiantes del ejército.

La gloria en esa modesta é ingrata tarea, corresponde principalmente al simpático capellán señor Lisboa, que con tanta voluntad como constancia, y con tanta abnegación como inteligencia, satisfizo esas y muchísimas otras necesidades del ejército.

Como hombre de trabajo y como compañero, el señor Lisboa se ha conquistado simpatías y afecciones tan sinceras como su patriotismo, y que no podrán debilitar ni el tiempo ni los acontecimientos.

II

Parte de Iquique la primera brigada.—Oportuna llegada á Atacama.—
Se resuelve expedicionar sobre Santiago.—Partida de la tercera brigada y de los coroneles Canto y Körner.—Hospitalidad de Copiapó.—
La señora Amalia Bazo de O.

La primera brigada del ejército libertador, mandada por el teniente coronel don Aníbal Frías, que se componía de los regimientos Constitución, número 1; Iquique, número 6; Antofagasta, número 8; de

la Artillería, número 3; y del escuadrón Libertad, número 1, partió de Iquique para el valle del Huasco en los primeros días del mes de julio, con el doble objeto de completar la dotación de los cuerpos y de defender la provincia de Atacama, que era amagada por las fuerzas dictatoriales acantonadas en la provincia de Coquimbo.

El arribo de esas tropas fué tan oportuno que hizo fracasar un plan de ataque para la reocupación de Atacama con fuerzas dictatoriales que debían operar por mar y por tierra.

Su llegada impidió aún que las fuerzas del dictatorial Almarza, que sorprendieron á la guarnición de Vallenar, cometieran más depredaciones que las que alcanzaron á ejecutar durante su corta estadía.

La llegada del regimiento Constitución primero, y del grueso de la brigada Frías en seguida, devolvió la tranquilidad á Vallenar, que fué desocupada definitivamente por las fuerzas de Almarza.

A mediados del mes de julio, no se había resuelto todavía la expedición sobre Santiago.

Todos estaban de acuerdo en que no debía operarse sino con la certidumbre del éxito, ó por lo menos contando con el mayor número de probabilidades, porque un desastre sería poco menos que irreparable, y en todo caso prolongaría quién sabe por cuánto tiempo más la Dictadura.

El armamento disponible después de la llegada del *Maipo*, permitía preparar un ejército expedicionario de menos de 10,000 hombres, que se consideraba insuficiente para resistir y destruir al poderoso ejército de Balmaceda.

Pensaban algunos que debía operarse sobre Coquimbo, y otros que debía aguardarse la llegada de más armamento para marchar sobre Valparaíso, dejando intacto el ejército de Coquimbo.

Nuestro *desideratum* en esa época, era llegar á Santiago en la víspera de la fecha en que Balmaceda de-

bía entregar el mando supremo á su heredero don Claudio Vicuña, con el objeto de que el primero no tuviera la satisfacción, á que él aspiraba, de terminar su período en el poder.

Pero esos proyectos eran mirados como utópicos, puesto que considerábamos imposible que la expedición pudiera zarpar antes del mes de octubre.

Felizmente el cable comunicó el aviso dado por los señores Ross y Matte, de la partida de los cruceros que con tanto anhelo esperaba Balmaceda, y comprendiéndose que con ellos se dificultaría la expedición, se resolvió jugar el todo por el todo.

Inmediatamente se impartieron las órdenes respectivas para activar los preparativos.

Se dispuso desde luego que la tercera brigada, comandada por el teniente coronel don Enrique del Canto, y compuesta de los regimientos Pisagua, número 3; Taltal, número 4; Esmeralda, número 7; batallón Tarapacá, número 9; Artillería, número 1, escuadrón Granaderos, número 2, se trasladase á Caldera y Copiapó en los primeros días de agosto, con el objeto de completar la dotación de los cuerpos.

Trasladáronse también á Copiapó el cuartel general y el estado mayor general, con el objeto de atender desde cerca las necesidades del ejército expedicionario.

La acogida que la sociedad de Copiapó prestó al ejército fué tan cariñosa como entusiasta. Todos los miembros de ella, y especialmente las señoras, se disputaron como un honor el derecho de atender y servir á los jefes, oficiales y soldados del ejército.

La señora doña Amalia Bazo viuda de Osandón tenía establecido desde tiempo há un taller de costuras, que suministró al ejército y á la escuadra una buena cantidad de piezas ropa.

Los oficiales se disputaban la preferencia para conseguir una manta de bayeta ú otra pieza salida de ese

taller, en cuya confección tenían participación las más distinguidas señoritas de Copiapó.

¡Gracias, mil veces gracias á la hospitalaria y cariñosa sociedad copiapina, que tanto ha comprometido la gratitud de todos los oficiales!

La ciudad de Copiapó fué para nosotros, pobres emigrados de nuestros hogares, un bello oasis en el desierto. Ahí encontramos afectos y cariños que, sin hacernos olvidar á nuestras familias, nos hicieron sentir la proximidad á ellas. Fué la aurora que nos anunció los espléndidos y gloriosos días de nuestra entrada triunfal á Valparaíso y Santiago, adonde habíamos dejado en abandono á tantos séres tan queridos que gemían bajo el peso de las cadenas de la tiranía más cruel y más infame.

III

Partida de Iquique de las últimas fuerzas, y del presidente de la Junta de Gobierno.—Acuerdos oficiales.—Despedida á bordo del *Cochrane*.—Defensa de Iquique.—Llegada de la división á Caldera.—Partida de Caldera de otra división.—Embarque en Caldera.—Manifestacion á don Jorge Montt.

En la tarde del 11 de agosto llegó, por fin, la hora tan ansiada de emprender la partida en dirección al sur, con todos los elementos necesarios para matar la hiena albergada en el mismo palacio de la Moneda, que había sido honrado por tantos ciudadanos ilustres, y que era ahora guarida de cuanto criminal había en el país.

Á las seis de la tarde del 11 de agosto zarparon de Iquique el transporte *Cachapoal* y el blindado *Cochrane*, llevando la última parte del ejército expedicionario.

El *Cachapoal* conducía los regimientos Valparaíso, número 2; Atacama, número 10; Chañaral, número 5, y batallón Huasco, número 11, ó sea la mayor parte de

la segunda brigada, al mando del coronel don Salvador Vergara.

En el *Cochrane* se embarcó el comandante en jefe de la escuadra señor don Jorge Montt.

En consejo de los miembros del Gobierno se había acordado que el señor Montt, Presidente de la Junta de Gobierno, don Joaquín Walker Martínez, Ministro de Hacienda, y el coronel señor Holley, Ministro de la Guerra, acompañasen al ejército expedicionario, y que debían quedar en Iquique á cargo de la Administración, los señores don Waldo Silva y don Ramón Barros Luco, miembros de la Junta de Gobierno; don Manuel J. Irarrázaval, Ministro del Interior, y don Isidoro Errázuriz, Ministro de Relaciones Exteriores.

El señor Montt iba investido de amplias facultades para resolver todas las cuestiones y para adoptar todas las medidas conducentes al éxito de la expedición y á la administración de los territorios que invadiera el ejército.

Estuvieron á bordo del blindado hasta el momento de la partida los señores Waldo Silva, Ramón Barros Luco, Manuel José Irarrázaval y muchísimos otros patriotas que iban á darnos el abrazo de despedida, y á expresar los votos que hacían por que nos acompañara la felicidad, ya que su deber los retenía en la capital improvisada del territorio que había sido regado con la sangre de los primeros y esforzados tercios del ejército libertador, que libraron las más tremendas y sangrientas batallas, á pie desnudo y con las municiones en los bolsillos de raídos pantalones.

Esa despedida fué muda y solemne. Asomaban las lágrimas á los ojos, manifestando diversas emociones y sentimientos; de envidia las unas, porque los que se quedaban hacían el sacrificio más grande que puede hacer el alma de un patriota; de felicidad las de todos los que partían, porque tenían la intuición de que se había de cumplir el programa de la misión que llevaban:

de devolver al país sus instituciones, y con ellas el orden, la tranquilidad y el bienestar tan profundamente perturbados por los actos de crueldad sin nombre y por los crímenes de todo género con que satisfacían sus brutales instintos el Dictador y su corte de bandidos.

La defensa del territorio del norte quedaba confiada en el mar al monitor *Huáscar*, mandado por el capitán de corbeta don Joaquín Muñoz, y en tierra á nuevos cuerpos, cuya organización acababa de decretar el Gobierno, y algunos de los cuales, como el Pozo Almonte, tenían ya su dotación completa.

Todo el armamento con que nuestras tropas hicieron su aprendizaje militar, que fué el tomado al enemigo en los campos de las batallas libradas en la Pampa, fué destinado al servicio de las guarniciones de los distintos puertos del norte.

El viernes 14 de agosto fondeaban en Caldera el blindado *Cochrane* y el trasporte *Cachapoal*, después de una navegación sin contratiempo de ninguna clase.

Á nuestra llegada á Caldera, había ya zarpado con rumbo al Huasco la escuadrilla compuesta del crucero *Esmeralda* y de los trasportes *Aconcagua* y *Amazonas*, bajo el mando del capitán de fragata don Luis A. Gofí.

En estos buques debía embarcarse la primera brigada del ejército, que desde principios de julio estaba acantonada en el valle del Huasco.

Los días 14 y 15 y la mañana del 16 de agosto fueron, en Caldera, de la más febril actividad.

El embarque de animales, provisiones, pertrechos, equipos, elementos de toda clase, y por último el de las tropas, ocupó en absoluto durante el día y la noche, á inmenso número de gente, y particularmente á los encargados de esos servicios especiales.

La población de Caldera recordará siempre ese corto período de inusitada actividad y movimiento, que

era la primera manifestación del vigor y decisión de las legiones que llevaban la insignia de la libertad al territorio dominado por el Dictador.

El día siguiente al del arribo del señor Montt á Caldera, fué objeto éste de una manifestación análoga á la que días antes se había hecho al coronel Canto. Una comisión de señoras de Copiapó entregó al comandante Montt una hermosa medalla de oro, conmemorativa de sus virtudes cívicas y del reconocimiento de un pueblo noble y viril.

La digna matrona que puso en manos del señor Montt esa prenda, que siempre ostentará él con orgullo, expresó en sentidas frases la gratitud que simbolizaba la medalla, á todos los valientes marinos que asestaron el primer golpe á la Dictadura.

IV

Se avista un buque sospechoso.—Se cree que es un crucero americano.
—Profundo desagrado.—Lamentable actitud de los americanos.—
—Parcialidad manifiesta de los agentes oficiales.—El buque avistado es la *Condell*.—Provocación de la *O'Higgins* y fuga de Moraga.—
Inesperada sorpresa.—Apuros de Moraga.

Á medio día del sábado 15 de agosto, mientras se hacía en Caldera el embarque del ejército y de los pertrechos, se avistó frente al puerto un humo que poco después pareció ser de un buque de guerra.

Después de media hora se creyó que era uno de los cruceros norteamericanos, lo que causó la más desagradable impresión, porque, doloroso es decirlo, pero es la verdad, en esta campaña contra la tiranía, los representantes de la patria de Washington, los adalides de la libertad, han sido, después de las fuerzas dictatoriales, los peores enemigos de nuestra causa.

Están muy frescas aún y enteramente vivas las im-

presiones dejadas por la conducta sin ejemplo que observaron el Gobierno norteamericano y sus agentes en Chile, en el caso del *Itata*...

Hicieron tal lujo de fuerza, abusaron de tal manera de la situación irregular en que nos encontrábamos, y de la impotencia para resistirles, que abrieron entre Chile y los Estados Unidos de Norte América el abismo más profundo...

Habíamos leído en los libros elementales que en la escuela primaria pusieron en nuestras manos, que en Norte América se había encendido el primer faro de la libertad, que iluminó á la América entera, y creíamos imposible, absolutamente imposible, que en la patria de Washington y de Franklin pudiera haber servidores de los malvados mandones de un pueblo oprimido que pretendía romper las cadenas de la más criminal tiranía.

¡Cruel desengaño! ¡Tremenda desilusión!...

La ruda experiencia que acabábamos de tener nos había probado que hasta los más nobles ideales y los más generosos principios suelen ser sacrificados cuando...

Puedo ser injusto con muchos honrados y virtuosos hijos de Norte América, que no se han extraviado en la senda trazada por Washington; pero es innegable que el Gobierno y sus representantes en Chile han sido, como ya lo he dicho, los enemigos más encarnizados de nuestra causa, después de los ejércitos dictatoriales.

Es cierto que no han derramado nuestra sangre; pero nos arrebataron injustamente y de la manera más irritante, los primeros elementos que recibimos para sacudir el yugo de la tiranía; y para consumir esa iniquidad en condiciones que fueran del agrado del señor Balmaceda, se hizo en Iquique un lujo inusitado de fuerzas, reuniendo sin objeto cuatro buques de guerra, y dando desde el primer momento á las discusiones,

que se promovieron, un tono acre que correspondía á la actitud extraordinariamente terca de uno de los contralmirantes de la escuadrilla americana.

Más tarde, un nuevo incidente, á propósito del cable, y más tarde todavía, la presentación de un crucero americano en Quinteros, con el propósito manifiesto de observar lo que hacíamos, para imponer de ello á... (¿por qué no decirlo?) á don Oscar Viel, justifican demasiado, por desgracia, el profundo resentimiento y la grande antipatía que en nuestro corazón ha despertado la actitud tan inconveniente como parcial de los representantes del Gobierno de los Estados Unidos de Norte América.

Ya se vé. El señor Ministro de esa nación creía que el Gobierno de Balmaceda *no podía ser derrocado*, según lo declaró terminantemente en un documento oficial, y por consiguiente, para evitar mayores perjuicios al país, prefirió poner todas sus simpatías y todas sus influencias en un solo platillo de la balanza.

Pero el señor Ministro ignora quizás que nuestro patriotismo y nuestro amor á la tierra en que nacimos, nos imponían el deber de luchar hasta vencer ó morir para devolverle sus libertades, y que para nuestros sentimientos era preferible que desapareciera Chile del continente, que fuera cubierto todo el territorio por las aguas del mar, antes que verlo sometido perpétuamente al régimen despótico y de vandalaje implantado por el hombre funesto á quien tantas simpatías y favores dispensaba el representante de la Gran Nación.

Tan bien creo explicarme el secreto de esa actitud que tantas amarguras nos ha hecho saborear, que sin ser profeta me atrevo á anticipar que á estas horas el *Itata* ha sido absuelto porque... su cargamento ya no puede recibir el empleo á que estaba destinado.

Pero volvamos á nuestra relación, que ha sido forzosamente interrumpida por un justo desahogo. Los sentimientos expresados han estado comprimidos en

nuestra alma durante muchos y muy largos meses.

El buque avistado en Caldera resultó ser una de las torpederas, la de la insignia del renombrado Moraga, cuya reputación descansa en la gloria, que nadie puede envidiarle, de haber privado al país de un poderoso elemento de seguridad nacional, y de haber dado muerte en las condiciones más cobardes y horribles á compañeros y hermanos de profesión, á quienes odiaba porque eran honrados y dignos.

Luego que la torpedera fué reconocida, se despachó á la *O'Higgins*, nó en su persecución, porque el andar de esta no lo permitía, sino para provocarla á un combate que había rehusado tantas veces.

Sucedió lo de siempre. Huyó Moraga á toda fuerza de máquina al primer disparo que le hizo la *O'Higgins*, y cuando la distancia le aseguró la impunidad, principió un vivo fuego de artillería para tener el derecho de cantar nuevas proezas como todas las consignadas en sus partes, que le redactaba el estratégico Bañados Muzard, antes de cada expedición.

Pero se preparaba á Moraga una sorpresa inesperada. Avisada su presencia al comandante de la división naval que estaba en el Huasco, se pusieron en movimiento para salirle al encuentro, el crucero *Esmeralda*, la *Magallanes* y el *Aconcagua*.

A las cuatro de la tarde, más ó menos, tuvieron encerrada á la torpedera y en tales apuros, que solamente pudo salvar merced á su rápido andar.

Nuestros buques habían estado en perpetuo servicio durante siete largos meses, sin poder limpiar sus fondos, de modo que era imposible, absolutamente imposible, la competencia con las torpederas, que entraban á los diques después de cada viaje.

El *Aconcagua*, apurando sus máquinas, no conseguía andar más de diez millas, y el *Esmeralda* andaba de catorce á quince.

La torpedera forzó, pues, el encierro, y, como siem-

pre, huyó á su guarida, recibiendo una granizada de proyectiles disparados por nuestros buques.

V

Últimos aprestos en Caldera y Huasco.—Llegan nuevos voluntarios.—Partida de la división de vanguardia.—Id. de la encabezada por el *Cochrane*.—Zarpa de Huasco la división protegida por el crucero *Esmeralda*.—Impresiones.—El *Blanco Encalada* y Enrique Valdés Vergara.—Adiós.—Feliz navegación.

En la mañana del domingo 16 de agosto quedó terminado el embarque de todas las tropas, animales, víveres, pertrechos y demás elementos que había en Caldera.

Los buques hacían los últimos preparativos para zarpar á medio día.

En todas las naves se oían los acordes de la música, que traducían el contento y el entusiasmo de los expedicionarios.

De Copiapó habían venido algunas familias y funcionarios á decirnos adiós y á expresarnos los votos que hacían por el triunfo, con aquella sinceridad y con aquella efusión que sólo se sienten en los momentos más solemnes de la vida, como son sin duda aquellos en que se juega la suerte de la patria.

Al mismo tiempo que en Caldera, se alistaba en Huasco la escuadrilla que debía conducir al campo de batalla las legiones de la primera brigada del ejército.

A última hora se había contratado en calidad de transporte el vapor *Ditsmarchen*, contruído especialmente para el acarreo de animales, y se le envió á Huasco para embarcar la mayor parte de la caballada del ejército.

El mismo día domingo, en que debíamos partir para el campo de operaciones, se ocupaban todavía como

seiscientos ciudadanos soldados, llegados de Taltal y otros puntos, en cambiar su traje de obreros por el uniforme del soldado.

Ignoraban completamente el manejo de las armas, pero estaban tranquilos y resueltos porque á bordo tendrían tiempo suficiente para manosear y acariciar el rifle que recibían como emblema de la libertad.

A medio día estaba en aptitud de zarpar la expedición libertadora de nuestra patria.

En un momento más marcaría el reloj del destino la hora de la partida del ejército glorioso que por segunda vez había de hacernos independientes, no ya de una nación, sino de una dictadura nacida y amantada en nuestro propio suelo y en nuestros propios hogares.

¡Ya íbamos á partir!

A las 12 en punto del día 16 de agosto levaba ancla en Caldera la corbeta *O'Higgins* y se ponía en movimiento seguida de la *Magallanes*, *Biobío*, *Abtao*, *Limarí*, *Isidora*, y de los escampavías *Cóndor* y *Huemul*.

Esa división, que era la de vanguardia, conducía á la tercera brigada del ejército, con un efectivo de 3,980 hombres.

A la una de la tarde se puso en movimiento la otra división naval, compuesta del blindado *Cochrane* y de los trasportes *Maipo*, *Cachapoal* y *Copiapó*.

En el *Cochrane* se embarcaron los señores don Jorge Montt, comandante en jefe de la escuadra y Presidente de la Junta de Gobierno; don Eulogio Altamirano; el coronel don Adolfo Holley, Ministro de la Guerra; don Joaquín Walker, Ministro de Hacienda; el coronel don Estanislao del Canto, comandante en jefe del ejército; el coronel don Emilio Körner, jefe del estado mayor general del ejército; el capitán de navío don Javier Molinas, mayor general de órdenes de la escuadra, el capitán de fragata don Arturo Fernández; los capita-

nes de corbeta don Leoncio Valenzuela y don Vicente Zegers; don Ventura Blanco Viel, auditor de marina; don Alfredo Délano, tesorero general del ejército y de la armada; y el que suscribe, secretario general de la escuadra.

El convoy, protegido por el *Cochrane*, llevaba la segunda brigada del ejército, con un efectivo de 2,980 hombres.

En el mismo día zarpaba del Huasco la escuadrilla compuesta del crucero *Esmeralda* y de los trasportes *Aconcagua*, *Amazonas* y *Ditsmarchen*, en los cuales se embarcó la primera brigada con 2,600 hombres, y la mayor parte de la caballada del ejército.

Por más esfuerzos que hiciera, me sería imposible dar una idea siquiera de las emociones y sentimientos que abrumaban mi espíritu al abandonar á Caldera.

Se realizaba el ideal acariciado durante tanto tiempo y sentía que era un hecho la aspiración más querida de tantos y tantos meses. En todas partes rebosaba la felicidad; todos los semblantes revelaban un solo sentimiento de patriotismo, y sin embargo... se escapaban de mis ojos ardientes, amargas lágrimas, arrancadas por el doloroso recuerdo que traían á mi cabeza y á mi corazón los mástiles del *Blanco Encalada*, asomados apenas sobre la superficie del mar, siendo mudos testigos del grandioso espectáculo de que era teatro ahora la misma bahía de Caldera, que cuatro meses antes había escuchado los alaridos de dolor, de sorpresa y de indignación de las víctimas del patriotismo mercenario de Moraga.

Era imposible que pudiera alejarme de esa playa hospitalaria, teniendo á mi vista el cementerio, á la sombra de cuyos árboles reposaban los despojos de un sér querido, sin sentir en mi alma la reproducción de las escenas del 23 de abril, y sin llorar el sacrificio de doscientas víctimas inmoladas por un taur... .

Era imposible que pudiera asistir y ser actor en el

grandioso acontecimiento que embargaba el espíritu de 10,000 hombres, sin recordar que quedaba, bajo fría losa, el cadáver de un hombre de carácter entero, que había combatido sin tregua la Dictadura, cuando apenas se diseñaba en el horizonte político, y que con incansable actividad y con energía de hierro había contribuido á preparar los acontecimientos del 7 de enero y á asestar el primero y más rudo golpe que sufrió el tirano de melena.

Enrique Valdés Vergara tenía derecho á asistir al grandioso acontecimiento del 16 de agosto, y á sentir las palpitations de su gran corazón, á impulsos de los sentimientos de que participaban los 10,000 expedicionarios; tenía derecho á contemplar las numerosas legiones en que se había convertido el reducido ejército con que combatió en las primeras batallas contra la Dictadura; tenía por fin, indisputable derecho para asistir al triunfo de la causa de la libertad, y para llegar hasta la misma guarida del tirano, á recibir el homenaje del agradecimiento y de la gratitud de sus conciudadanos.

Pero ¡ay! el hombre de hierro, el hombre sin miedo, á quien habían respetado tantas veces las balas en el campo de batalla, había sido víctima de una celada infame... El hombre que siempre había despreciado su vida, y que, sin embargo, desde la batalla de Pozo Almonte, en que fué herido, deseaba vivir para presenciar la regeneración del país, no existía ya... Sólo quedaba el recuerdo de su patriotismo.

¡Qué confusión de sentimientos, qué emociones tan encontradas absorbían y dominaban mi cabeza y mi corazón!

En todos los buques resonaban los acordes del himno patrio y los atronadores hurrás y vivas á Chile lanzados por todos los tripulantes á la vez.

Los buques mercantes que quedaban en la bahía izaban señales dándonos el *¡adiós!* y el *Gulf of Akaba*,

que enarbolaba la simpática bandera inglesa, nos decía: ¡Adiós, y éxito!

El tiempo era bellissimo. Un sol radiante y esplendoroso contribuía poderosamente á mantener en su más alto grado los sentimientos que agitaban los corazones de 10,000 chilenos resueltos á hacer el sacrificio de la vida para devolver al país sus instituciones.

Sabíamos que era imposible que todos pudiéramos llegar hasta el fin de la jornada; pero ¡qué importaba! ni ¿quién se acordaba de las desgracias posibles?

Nuestro objetivo era la libertad de la patria, y ella era el tema único de nuestras conversaciones y de nuestros desvaríos.

Navegamos primero con rumbo al suroeste, para tomar distancia de la costa y evitar el espionaje del enemigo.

En la noche nos protegió la plácida luz de la luna, que también quería ayudarnos en nuestra empresa, olvidando los deberes tan estrictos de la neutralidad.

No nos había reconocido como beligerantes, pero abiertamente se ponía de nuestro lado, sin preocuparse de las iras y de los furores del Dictador.

VI

En el mar.—Notificación feliz.—Desgracia en el *Cochrane*.—El último *rendez vous*.—Buques sospechosos.—Son nuestros.

El día 17 de agosto seguimos navegando con el mismo rumbo al suroeste hasta las doce del día: á esa hora hicimos rumbo directo al sur.

El medio día del 18 de agosto era la hora designada para que el crucero *Esmeralda* se presentara en Valparaíso y disparara tres cañonazos, como anuncio de

que cuarenta horas después principiaría el desembarco del ejército en el puerto de Quintero.

Esa señal era la precursora de la libertad y de la regeneración del país.

¡Jamás se ha consumido un saquete de pólvora con más provecho y con mayor júbilo!

En la mañana del 19 de agosto ocurrió á bordo del *Cochrane* una desgracia que felizmente no tuvo las consecuencias que debió tener, pero que impresionó fuertemente los ánimos por lo mismo que sólo estaban dispuestos á recibir impresiones felices.

Á las diez de la mañana se izaba en la cubierta del blindado la lancha á vapor que fué del *Blanco Encalada*, con el objeto de alistarla para que ayudara á las operaciones del desembarque.

Cuando ya estaba á algunos metros sobre la cubierta del blindado, habiendo debajo de la lancha una veintena de hombres que ayudaban á izarla, se dió precipitamente la orden de aclarar la cubierta, con el objeto de evitar una posible desgracia.

Apenas cumplida la orden, cuando hacía unos cuantos segundos que se había despejado la cubierta, sintióse un agudo crujimiento, seguido de estrepitoso golpe que se confundió con los ayes doloridos que lanzaban unos cuantos desgraciados.

Había fallado la herradura del cuadernal, y la lancha, con un peso de ocho á diez toneladas, ocupaba de nuevo el lugar primitivo, habiendo sufrido algunos deterioros que la inutilizaron por unos cuantos días.

Las víctimas, cuyos alaridos penetraron hasta al más indiferente, fueron felizmente apenas maltratadas. Eran tres hombres que gobernaban la operación dentro de la misma lancha, y que recibieron unas cuantas contusiones.

La previsión de los jefes salvó de muerte segura á diez ó quince hombres sanos y vigorosos.

Al medio día del 19 de agosto llegaban al último

rendez-vous las divisiones encabezadas por el blindado *Cochrane* y por la corbeta *O'Higgins*.

Estábamos al sur del puerto de Valparaíso, y á más de cincuenta millas de la costa.

Fué menester recorrer de nuevo el camino andado, y llegar hasta la altura de Quintero.

Un rato después se avistan al suroeste tres humos que, á juicio de algunos, pueden ser de buques enemigos.

Esa sospecha toma cuerpo porque se advierte que los buques se aguantan sobre sus máquinas.

Pero más tarde son cuatro los humos á la vista, y se disipan aquellos temores, porque la escuadra *leal* sólo se compone de tres naves, á cargo de los *héros* Moraga, Fuentes y Garín, dignos competidores en un hipódromo.

Se supone con mucho fundamento que son los cuatro buques que componen la división encabezada por el crucero *Esmeralda*, que concurren al *rendez-vous*, y poco después esa presunción se convierte en convencimiento.

Entre cuatro y cinco de la tarde se reúnen los diez y seis buques que componen el convoy; sus comandantes se trasladan al *Cochrane* á recibir las últimas órdenes. En todas las naves se nota gran movimiento, y una algazara de contento y felicidad.

En un momento más, á las cinco de la tarde, va á tener lugar el acto más solemne antes del desembarco.

Diez mil hombres van á jurar simultáneamente, en alta mar, sin más testigos que su conciencia, que rendirán sus vidas ó romperán las cadenas de la esclavitud que oprime á la tierra querida que nos dió albergue al nacer.

VII

Cita en alta mar.—Gran entusiasmo.—Proclamas al ejército y á la escuadra.—En marcha.—El coronel Körner.—Aprestos para el desembarco.—Arribo á Quintero.—Operaciones preliminares.

Eran las cinco de la tarde del día 19 de agosto de 1891.

Habían concurrido á la cita en alta mar, á la altura de Quintero, todos los buques que contenían los hombres y los elementos acumulados para la salvación del país, á saber:

El blindado *Almirante Cochrane*.

El crucero *Esmeralda*.

La corbeta *O' Higgins*.

La cañonera *Magallanes*.

El *Abtao* convertido en transporte.

El *Aconcagua*.

El *Maipo*.

El *Cachapoal*.

El *Amazonas*.

El *Copiapó*.

El *Biobío*.

El *Isidora Cousiño*.

El *Limarí*.

El *Ditmarschen*.

El *Cóndor* (escampavía).

El *Huemul* (escampavía).

El *Almirante Cochrane* ocupaba el centro del grupo, haciendo á la perfección el rol de grave y adusto padre de numerosa familia.

El *Cóndor* y el *Huemul* jugueteaban como niños traviosos, corriendo en todas direcciones.

Ya no era un misterio para las tripulaciones el lugar del desembarco ni el día en que debía verificarse.

Se escuchaba perfectamente el alegre rumor de las conversaciones que mantenían entre sí los soldados.

Todo manifestaba que era la víspera de un gran día y de acontecimientos trascendentales.

La misma naturaleza se había propuesto engalanar ese grandioso cuadro, adornándolo con los más puros y vivos colores producidos en el horizonte por un sol radiante.

Parecía imposible que la reducida superficie de los buques nombrados pudiera contener los elementos de que dependía la suerte de 3.000,000 de habitantes.

¡Cuántas reflexiones y cuántos sueños sugería la contemplación de semejante espectáculo!

Pensábamos en la ansiedad con que se esperaba la noticia del desembarco por los que conocían el significado de los tres cañonazos disparados por el *Esmeralda*, y en la sorpresa de todos los que no estaban impuestos de ese secreto.

Ya nos imaginábamos estar en nuestros hogares, recibiendo los abrazos de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestros hijos.

Junto con la primera campanada de las cinco de la tarde, suben á las jarcias las tripulaciones de todos los buques.

Se interrumpe el alegre bullicio para dar lugar al silencio más profundo.

Se leen al mismo tiempo en los diez y seis barcos, una proclama dirigida á la marina por el comandante en jefe don Jorge Montt, y otra al ejército, del Ministro de la Guerra señor Holley y del coronel Canto (1).

(1) Hé aquí esas proclamas:

"El 6 de enero del presente año, la escuadra respondió al llamamiento que el Congreso Nacional había hecho á los defensores del país para que amparasen y mantuvieran el imperio de la Constitución y de la ley, conculcados por la más odiosa é inexcusable dictadura.

"Han corrido siete largos meses desde ese día memorable, y en ellos ha tenido la escuadra repetidas ocasiones para comprobar con hechos la

El recuerdo que en ellas se hace de las glorias de la marina y del ejército aviva los sentimientos de patriotismo y reproduce ante nuestra vista las sombras de Prat y Serrano, de Ramírez, de Aguirre, de Williams

santidad de sus propósitos, su amor al régimen legal y su incontrastable resolución de no deponer las armas hasta afianzar el triunfo definitivo del orden constitucional.

"Durante este tiempo se ha organizado y disciplinado el brillante ejército que conducen las naves de la escuadra al centro mismo en que la Dictadura ha acumulado los elementos de fuerza y resistencia de que se ha valido para sojuzgar y oprimir al país, bajo un régimen de implacable persecución y de tiranía sin nombre en la época moderna y sin precedente en nuestro estado político y social.

"Toca ahora á la escuadra abrir y facilitar al ejército el camino de la victoria, haciendo oportuno y expedito su desembarco y limpiando las playas de los enemigos que puedan cerrarle el paso. Para ello son necesarios la previsión, el orden, la exactitud y la disciplina más rigurosa, á fin de realizar estrictamente y en todos sus detalles el plan acordado.

"Esta comandancia en jefe sabe bien que no necesita hacer recomendación de ningún género á los señores jefes y oficiales y tripulaciones de la escuadra para asegurar el más feliz éxito. Más aún; abraza la íntima convicción de que todos probarán una vez más, en esta ocasión, que son los dignos herederos de los que dieron á Chile el dominio del Pacífico y que, si han sabido mantener incólume y sin mancha el honor de la bandera en el exterior, no economizarán sacrificio alguno para restablecer el imperio de la Constitución en el interior.

"Ha llegado la hora, ansiada por todos, de libertar á Chile de la Dictadura, y de afirmar para siempre el predominio de la ley y del derecho, resguardado por la lealtad y la sumisión incondicional del ejército y de la escuadra, que sellarán mañana en el campo de batalla su unión indestructible para defender, en todo tiempo, las instituciones patrias.

"Señores jefes, oficiales y tripulaciones de la escuadra: vuestro comandante en jefe os saluda, asegurándoos que la mayor honra que puede recibir en su vida es haber mandado á los que, defendiendo la Constitución, se han hecho dignos de la victoria, que Dios siempre concede á los que luchan por la justicia, y de la gratitud con que el país paga á sus buenos servidores. — Á bordo del blindado *Almirante Cochrane*, en la mar, frente al puerto de Quintero, á 19 de agosto de 1891. — J. MONTT."

"Señores jefes, oficiales y soldados: Llega el momento de herir al Dictador en su guarida, pues vamos á buscarlo allí donde cree contar con elementos de incontrastable poder.

"Valparaíso primero, Santiago inmediatamente después; hé ahí, sol-

y de tantos heroicos soldados que han trazado al ejército y á la escuadra el camino de la gloria.

¡Ellos asisten sin duda al juramento que hacen diez mil chilenos, de redimir con su sangre la tierra tan

dados, el objetivo de la campaña, el blanco de vuestros patrióticos esfuerzos.

"En su demencia, el tirano, que por largos meses ha oprimido y humillado nuestra patria, se halagaba con la idea de que buscaríamos para atacarlo, los extremos, sin atrevernos á llegar al corazón del país.

"¡Iluso! Al pensar así, olvidaba que sois los mismos que, desnudos, sin armas y sin municiones, hicisteis las campañas legendarias de Tarapacá y Antofagasta.

"Olvidaba también que sois soldados de la patria, los entusiastas voluntarios del deber, y que el hombre que pelea por una gran causa sabe elevarse, llegado el caso, hasta la altura de Prat y de Serrano, de Ramírez y de Santa Cruz, de Aguirre y de Williams.

"¡Soldados! vamos á probarle á ese gran criminal que vive en la Moneda, que en Chile no hay aire respirable para los déspotas, y que bastará vuestra presencia para que sus mercenarios huyan despavoridos.

"Pero para asegurar la victoria es preciso mantener la más severa disciplina en las filas del ejército.

"Hasta después de vencer en Santiago no tenemos ni madres, ni esposas, ni hijos, ni familia.

"Desde tambor á comandante, todos quedarán en los cuarteles ó en el campamento, sin abandonar ni por un instante el fusil.

"Aunque vencedores, y aunque sintamos no ver á Valparaíso, no lo veremos, si ello es preciso, para asegurar la rapidez del último y definitivo golpe en Santiago.

"¡Soldados! el que os ofrezca licor con el pretexto de celebrar vuestras victorias, ese es, sin duda, un espía, un enemigo ó un traidor. ¡Quiere embriagaros para, en seguida, perderos!

"¡Señores jefes y oficiales! pesa sobre vosotros una gran responsabilidad, pero que no es superior á vuestro patriotismo.

"Cueste lo que cueste, debéis mantener la disciplina más estricta y más severa.

"Haced presente á vuestros soldados que hacemos la guerra en nuestro propio país, y que somos los libertadores y no los enemigos de las poblaciones en que vamos á entrar. Hacedles comprender que la embriaguez después de la primera victoria podría traer la ruina de nuestras esperanzas.

"Dadnos la disciplina y el orden perfecto en las filas, y nosotros os respondemos del triunfo de nuestra grande y santa causa. Vuestros jefes esperan que el ejército constitucional será, por su moralidad y heroísmo, motivo de orgullo para la patria.—En alta mar, á 19 de agosto de 1891.

—A. HOLLEY.—CORONEL CANTO."

querida que hoy es manchada y profanada por un insensato!

Al terminar la lectura de las proclamas, se prorrumpe en hurras y vivas á Chile, los cuales se confunden con los acordes del himno nacional.

¡Ah! La naturaleza humana es demasiado débil é impotente para contener y sentir las emociones y embriagueces de patriotismo que despierta un acto tan solemne y tan sencillo á la vez.

Los corazones palpitan precipitada y violentamente... Las cabezas se ofuscan y el cerebro deja de funcionar...

Momentos después se ponen en movimiento todos los buques.

El sol va á ocultarse en el horizonte, ofreciéndonos el espectáculo grandioso y sin igual de un incendio de proporciones colosales.

Al mismo tiempo que el sol desaparece, se nos presenta por el oriente el disco puro y diáfano de la luna llena, que quiere iluminar el camino que ha de seguir hasta la costa la expedición que lleva la libertad al país en que se ha implantado en pleno siglo XIX el régimen de la esclavitud.

La sombras de la noche, amortiguadas por la claridad de la luna, ponen término á las manifestaciones que cambian entre sí las tripulaciones de los distintos buques.

Todos se despiden hasta el día siguiente, en que ha de principiar la regeneración de la patria.

A bordo del *Cochrane*, el coronel don Emilio Körner, ese tipo de soldado y de caballero, ese gigante con alma de niño, revisa por última vez las cartas topográficas del territorio en que vamos á operar, en las cuales ha marcado los caminos y jornadas que hará el ejército, los lugares adonde acampará y adonde han de librarse las dos batallas que, á su juicio, son indispensables para llegar á la Moneda, el palacio de nuestros

Presidentes que ahora está convertido en inmundo basural...

El infatigable jefe del estado mayor general del ejército no ha separado la vista, durante la navegación, de las cartas topográficas preparadas en Copiapó, y que llevan en sus morrales todos los jefes y oficiales superiores.

Cuanto se diga para ponderar la acción del coronel Körner en la preparación y organización del ejército, apenas dará una idea de la realidad.

Su calidad de extranjero (aunque ya no lo es ni puede serlo) me autoriza para decir de él algo siquiera de lo que siente mi agradecido corazón de chileno.

Abandonando al Dictador, para irse á Iquique á ponerse incondicionalmente al servicio de la causa de la libertad, comprometió y sacrificó la brillante posición que le aseguraba un contrato con el Gobierno.

Nada, ni halagos, ni promesas, ni consideración alguna pudo contener el noble sentimiento que arrastraba á ese hombre hacia nosotros.

Él no era chileno, y por consiguiente ningún deber le obligaba á hacer el sacrificio de su posición y el abandono de su adorada esposa y de sus idolatrados hijos. Pero era hombre de honor y de corazón; era amante de la libertad y de esta tierra que le había brindado un hermoso hogar, y por consiguiente no podía vacilar.

Fuese á nuestro campamento de Iquique, y antes de reponerse de las fatigas del viaje, ya se puso en acción visitando cuarteles, instruyendo á la tropa y oficiales, y prestando atención á todas y á cada una de las necesidades del ejército.

Desde que amanecía hasta avanzadas horas de la noche, el coronel Körner estaba en no interrumpida acción y movimiento, y completamente olvidado de sí mismo.

Esas cualidades y sus bellísimas prendas de carácter

hicieron de él una de las figuras más simpáticas y queridas de la campaña.

El sentimiento de la amistad se confunde con el de la gratitud para con este hombre superior, á quien debemos inapreciables servicios.

Sigamos nuestra interrumpida relación.

En la noche del 19 de agosto no hubo descanso á bordo.

La distribución de víveres y el alistamiento para el próximo desembarco ocuparon todas las horas destinadas al sueño. Nadie tampoco sentía necesidad de dormir. ¡Tanta era la ansiedad de divisar las queridas playas cubiertas de verdura, adonde habíamos de poner el pie como heraldos de la libertad que traíamos á nuestros hermanos!

Antes de las cuatro de la mañana todo el mundo estaba sobre cubierta, esperando el momento tan deseado de poner el pie en tierra.

Según las instrucciones impartidas, la división de vanguardia, encabezada por la *O'Higgins*, debía entrar al puerto á las cuatro de la madrugada; pero la mañana es nublada y oscura, y la calima hace imposible el reconocimiento de la costa.

Al aclarar se advierte que hemos recalado como á diez millas al norte de Quintero, é inmediatamente todos los buques hacen rumbo al sur. Este atraso contraría muchísimo al coronel Körner, cuyos cálculos y planes están basados en que el desembarco principiaría al amanecer.

Hora y media después llegamos al puerto.

El *Biobío* con los escampavías *Cóndor* y *Huemul* estaban ya rastreando la bahía con el objeto de limpiarla de los torpedos, que, según noticias recibidas, se habían colocado.

Si hubo torpedos ya no existían, pues nada, absolutamente nada sospechoso se encontró.

Al mismo tiempo que se hacía esta operación, una

avanzada nuestra de trescientos hombres del regimiento Pisagua, 3.º de línea, que conducía el *Biobío*, y que se desembarcaron en primer lugar, ocupaba la población sin quemar un solo cartucho.

Había llegado el momento de principiar el desembarco del grueso del ejército.

VII

Ocupación de Quintero.—Fuga de la guarnición.—Famoso telegrama.—Desembarco de tropas, caballada y equipo.—Llegada del crucero americano *San Francisco*.—Comentarios que sugiere.—Su indigna conducta.—Hace el papel de espía.—Contraste con la actitud del pueblo americano.—Deberes del Gobierno de la Gran Nación.

Terminada la operación de rastrear la bahía para despejarla de torpedos, y ocupado el puerto por la tropa del Pisagua, 3.º de línea, avanzaron los trasportes hasta el fondeadero que á cada uno se le había designado, con el objeto de echar inmediatamente á tierra la tropa que cada cual traía, en el orden establecido en el respectivo programa.

Muy luego supimos que la ocupación del puerto había sido enteramente pacífica, porque apenas fué avistada la escuadra huyeron precipitadamente las tropas que estaban de guarnición, con su jefe, un sargento mayor Athos, y el empleado de la oficina de telégrafos.

En esta oficina se encontraron algunos telegramas que revelaban cuál era la situación del país y los puntos que calzaba el Dictador.

Uno de estos telegramas, dirigido por el gobernador de Quillota al jefe de la guarnición de Quintero, el día 15 de agosto, decía:

“Redoble vigilancia, haga fuego sobre el que ande línea férrea ó cerca de línea telegráfica, y si los pilla, fusílelos en el acto.”

Inmediatamente que los trasportes largaron sus anclas, se pusieron á flote las diez y seis lanchas planas que se habían preparado para el desembarco, y que los trasportes traían amarradas á sus costados. Cada una tenía capacidad para ciento diez hombres.

Á las nueve de la mañana principió el desembarco con toda actividad, con arreglo al programa acordado anticipadamente.

Los primeros regimientos que pisaron tierra fueron el Constitución, número 1, de la primera brigada; el Valparaíso, número 2, de la segunda brigada, y el Chañaral, número 5.

Siguieron á ellos el cuerpo de ingenieros, el de rifles y los cuatro escuadrones de caballería.

Simultáneamente con la tropa se desembarcaron los caballos y mulas, cuyo número era de 1,500 más ó menos, lanzándolos de los buques al mar, para que salieran á nado á tierra.

Con arreglo á las órdenes impartidas, las tropas debían reunirse por brigadas, á fin de ponerse inmediatamente en movimiento.

La importante tarea del desembarco fué dirigida con incansable actividad por el capitán de fragata don Arturo Fernández Vial.

El desembarco de la tercera brigada, que se hizo en último lugar, terminó en la noche, después de doce horas de incesante trabajo, auxiliado de la manera más eficaz por la entusiasta población de Quintero.

Eran las dos de la tarde y se trabajaba con la mayor actividad en todas las faenas, cuando inopinadamente se presentó en el puerto el crucero norteamericano *San Francisco*, con la insignia del contralmirante Brown, el mismo que inició en Iquique las gestiones relativas á la entrega del *Itata*, las cuales fueron continuadas por el contralmirante Mac-Cann.

La presencia del crucero fué para nosotros una gran sorpresa, á pesar de que nuestro ánimo estaba prepa-

rado para esperar de la escuadrilla norteamericana los actos de más decidida simpatía por la causa de Balmaceda.

No hay mejor maestro que la experiencia, y la recibida en los últimos cuatro meses en nuestras relaciones con los representantes oficiales de Norte América nos había convencido de que siempre habíamos de tropezar con la sombra de uno ó varios de sus cruceros.

No obstante, nadie, absolutamente nadie, sospechó ni se imaginó jamás que la presencia del crucero que teníamos á la vista tuviera por objeto la misión que en realidad llevaba.

Creíamos imposible que pudieran olvidarse las conveniencias y los deberes internacionales hasta el extremo que lo hacía una nave de la marina de la Gran Nación.

Pero hubimos de convencernos de que en ese terreno nada hay imposible, y de que el abuso de la fuerza suele no tener límites...

La presencia del crucero fué vivamente comentada en los primeros momentos.

Los más optimistas suponían que podía ser portador de pliegos ó proposiciones de arreglo, con el fin de evitar la sangrienta y fratricida lucha que iba á tener lugar.

Unos cuantos pesimistas pensaban lo peor, y creían que el crucero iba á observarnos para transmitir algunas noticias al Dictador Balmaceda.

Esa hipótesis era rechazada y combatida abierta y francamente por la mayoría, alegando que no era posible que la marina de ninguna nación del globo se prestara á servir una comisión tan indigna.

Pero una media hora después estaba despejada la incógnita y resuelto el problema que tanta discusión había suscitado.

El *San Francisco*, que había zarpado de Valparaíso

cuando ya se sabía nuestro arribo á Quintero, avanzó en dirección al puerto hasta situarse á una distancia de mil quinientos á dos mil metros del blindado *Cochrane*. Ahí se aguantó sobre sus máquinas y estuvo en observación durante cinco minutos más ó menos.

Se puso nuevamente en movimiento y se detuvo por segunda vez á quinientos ó seiscientos metros del *Cochrane*.

En la cubierta y en los puentes del crucero americano se notaba una numerosa concurrencia que observaba atentamente con anteojos lo que se hacía en el puerto.

Á pesar de esa actitud tan poco en armonía con ciertos principios que no deben olvidarse en ningún momento y en ninguna situación, se dió orden á bordo del *Cochrane* para que un oficial fuera á saludar al contralmirante americano, en cumplimiento de un deber de etiqueta observado estrictamente por todos los marinos del mundo.

El oficial se dispuso á cumplir esa orden en la única embarcación que en ese momento había disponible á bordo; pero apenas el bote se destacó de la escala del *Cochrane*, el crucero *San Francisco* se puso otra vez en movimiento, impidiendo así el saludo ordenado, y fué á ocupar de nuevo la primera posición, desde donde continuó las observaciones que hacían.

Un cuarto de hora después hizo rumbo á Valparaíso...

No puedo ni debo disimular la irritación profunda que produjo entre nosotros esa visita manifiestamente provocativa del crucero americano.

Ya no cabía la menor duda de que su objeto había sido imponerse de lo que nosotros hacíamos y de los elementos con que contábamos.

Tampoco podía dudarse de que esas noticias iban á ser transmitidas al Dictador y á sus agentes en Valparaíso.

Si la visita hubiera sido para asuntos relacionados exclusivamente con los intereses americanos (que no sospecho cuáles pudieran ser) ó por mera curiosidad, un deber elemental aconsejaba al contra-almirante no regresar inmediatamente á Valparaíso, para disipar así todo motivo de sospecha.

Pero había, según parece, la firme resolución de no guardar ni las apariencias, y de confirmar una vez más la opinión basada en tantos hechos, de que se nos provocaba y de que no se perdía ninguna ocasión para ofendernos, como se hizo entonces en la forma más vulgar y...

Unos cuantos días después leíamos en un ejemplar de *La Nación*, el diario oficial de la Dictadura, un boletín de noticias referentes á nuestro desembarco, suministrados, se decía, en el mismo diario, POR EL CRUCERO "SAN FRANCISCO" DE LA MARINA NORTE-AMERICANA, que tenía la insignia del contralmirante *Brown!!!*

Esa explicación era innecesaria, porque habiendo sido los americanos los únicos que tuvieron á bien honrarnos con su presencia, nadie más que ellos estaba en aptitud de imponer al Dictador del número de trasportes que habían servido para la conducción del ejército, y del efectivo calculado de éste.

La relación fría y descarnada de la visita que recibimos es bastante elocuente para calificar y juzgar la conducta tan extraordinaria del crucero americano.

En la rada de Valparaíso había naves de guerra inglesas, francesas y alemanas; pero ninguna se movió de su fondeadero, porque la prudencia más elemental y el deber más vulgar aconsejaban proceder con estricta neutralidad, y no incurrir en un hecho que ejecutado por cualquiera persona, de cualquiera nacionalidad, autorizaba para que se le juzgara y castigara como espía.

Pero nosotros no merecíamos ninguna consideración... y por eso se nos ofendía de la manera más irritante, en el mismo momento en que enarbolábamos para siempre el estandarte de la libertad frente á frente del ejército de la Dictadura!

Prefiero callar. El profundo resentimiento y la grande indignación que se conserva intacta todavía en mi alma, puede extraviarme y hacerme decir lo que por decoro he resuelto silenciar.

Pero antes de concluir debo declarar que siempre creeré que en el *San Francisco* fué á Quintero si no un Viel ó un Bañados, algún otro agente de primera magnitud de la Dictadura, de esa funesta Dictadura que tan marcadas pruebas de simpatía recibía de un contralmirante americano, cuando todavía humeaba la sangre de los cadáveres de cuarenta ó cincuenta distinguidos jóvenes patriotas que fueron ultrajados, asesinados y carbonizados en Lo Cañas.

Si algún interés tiene el Gobierno de la Gran República del Norte en mantener cordiales relaciones con Chile; si en la patria de Washington y de Franklin se conserva la herencia de libertad y de gloria que ellos le legaron, es necesario que se hagan esfuerzos superiores para curar las cicatrices abiertas en nuestras almas y para borrar las huellas que ha dejado la funesta intervención norteamericana en nuestra campaña librada contra la tiranía y en favor de la libertad.

Para que la bandera estrellada siga siendo sinónimo de libertad en Chile, menester es que se borren los rastros de la exigencia de la entrega del *Itata*, de la ruptura del cable en Iquique y de la visita del *San Francisco* en Quintero.

Esos tres hechos tienen igual significación é importancia, porque los tres fueron consumados en las mismas condiciones abusivas y con las mismas circunstancias agravantes y odiosas, y para servir directamen-

te á la Dictadura, que había minado los cimientos de orden y de progreso en que descansaban nuestras instituciones.

Deber nuestro es dejar constancia de que la actitud de los agentes oficiales del Gobierno Americano no ha estado en armonía, sino por el contrario, ha hecho gran contraste con la del pueblo americano, que no ha disimulado sus simpatías por la causa de la revolución, que es la de la libertad.

Individualmente y por medio de la prensa se ha prestigiado allí la causa de la revolución y se ha combatido acremente la Dictadura, sin olvidar el arma del ridículo que tan temida es por tiranos de la talla de Balmaceda.

Sabemos también que los americanos condenaron vivamente en San Diego la detención del *Itata* y que aplaudieron con entusiasmo su escapada, y en fin, que en todas partes y de todas maneras han manifestado sus simpatías por nuestra causa.

Pero esa misma actitud del pueblo ha hecho más odiosa la conducta decididamente parcial al tirano, de los agentes oficiales del Gobierno de los Estados Unidos.

¿Qué influencias ó resortes han podido determinar esa situación?

Los sospecho; pero prefiero silenciarlos por conveniencias internacionales.

De todas maneras, es conveniente que sea del dominio público la muy penosa impresión que ha producido la conducta de los agentes oficiales del Gobierno Americano, en todos los defensores del régimen constitucional, con el fin de que, si se estiman en algo las buenas relaciones con Chile, se procure borrar las huellas que han dejado en nuestro patriotismo una serie de hechos que por ahora no tienen justificación.

¿No acepta el Gobierno Americano la responsabilidad que ellos imponen?

Nada sería más satisfactorio para nuestro patriotismo que convencernos de que estamos engañados y de que hemos sido injustos dando cabida en nuestra alma á sentimientos poco benévolos para el Gobierno de la Gran Nación.

VIII

Se termina el desembarco. —Marcha del ejército. —Acertada elección de Quintero para el desembarco. —El río Aconcagua y el enemigo. —Consecuencias de un retardo. —Falta de noticias. —Consecuencias de ello. —Avance del ejército.

En la noche del 20 de agosto quedó terminado el desembarco de todo el ejército y de la caballada, artillería, parque, provisiones y de la inmensa cantidad de artículos y elementos que son indispensables para la movilización de fuerzas que debían operar inmediatamente, como tenía que suceder.

Esa operación, que era de primordial importancia, fué realizada con singular felicidad, sin haber perdido un solo hombre, á pesar de la inevitable precipitación, ó mejor dicho, rapidez con que se ejecutó.

El desembarco de 10,000 hombres y del cargamento indispensable para su servicio, es una empresa cuyas dificultades no pueden concebirse sino palpándolas en el mismo lugar.

Sin muelles y sin más elementos que los que se llevaban á bordo, pudo, sin embargo, ejecutarse sin grandes entorpecimientos y en un plazo relativamente muy corto.

Ya estábamos en tierra. El abandono de los buques era y debía ser definitivo. Jamás se habló del reembarque, y nadie pensó siquiera en ello.

En realidad, se quemaron las naves, puesto que se echó á tierra cuanto en ellas había. Hasta el agua que

quedaba á bordo era insuficiente para una retirada. . .

Inmediatamente después de formados los cuerpos en tierra por brigadas, se pusieron en movimiento en dirección al sur, hacia las riberas del río Aconcagua, que era menester atravesar antes que el enemigo pudiera impedirlo.

No era un misterio para nadie, que si el ejército dictatorial lograba ocupar oportunamente la ribera sur del río, se creaba al nuestro la situación más difícil y angustiosa.

Teníamos fundadas sospechas de que nuestra llegada había sido comunicada al amanecer por telégrafo á Valparaíso y Santiago, y de que á medio día el crucero *San Francisco* había llevado al enemigo noticias exactas del número de nuestros trasportes y por consiguiente del efectivo calculado de nuestras fuerzas.

Era, pues, indispensable activar y apurar de todas maneras la marcha del ejército con el objeto de impedir que el enemigo tratara de cortar el paso del río, como naturalmente había de pretenderlo.

Siempre se había atribuído al pasaje del río toda la importancia que en realidad tenía.

En todas las conferencias en que se discutieron planes de campaña, se trató, en primer lugar, del punto más adecuado para el desembarco, y cada vez que se nombró á Quintero se ponderaron las dificultades que era preciso vencer para atravesar el río en buenas condiciones.

La playa de Quintero era sin duda la más favorable para el desembarco, pero siendo nuestro objetivo la plaza de Valparaíso, tenía aquel desembarcadero dos graves inconvenientes: la distancia á Valparaíso y el paso del Aconcagua.

Algunos jefes propusieron que se hiciera el desembarco al sur del río Aconcagua, salvando así aquellas dos dificultades, y señalaron para ese efecto la caleta de Concón.

Aunque ese proyecto facilitaba considerablemente las operaciones del ejército, puesto que obviaba los dos graves inconvenientes del desembarco en Quintero, fué abandonado definitivamente en vista de las informaciones de los oficiales de marina, quienes declararon que entre Quintero y Valparaíso no había ningún desembarcadero para un ejército.

Muy luego tuvimos oportunidad de convencernos de la exactitud de esa opinión, pues habiendo sido necesario enviar municiones al ejército por la vía más corta, se palparon las inmensas dificultades del desembarco en la caleta de Concón.

Se había insinuado también la idea de desembarcar en la caleta La Laguna, al sur de Valparaíso; pero se desechó igualmente esa indicación, porque la proximidad de ese lugar á Valparaíso era un peligro inminente para realizar esa operación en buenas condiciones. No habría podido hacerse sino violentamente, puesto que el enemigo habría alcanzado á ocupar las alturas para impedirlo por medio de la fuerza.

Prevaleció, pues, la elección de Quintero, la más acertada y feliz sin duda, á pesar de los sacrificios y pérdidas tan sensibles que ocasionó el paso del río.

Esos contratiempos no fueron, en realidad, causados por inconvenientes de la naturaleza sino por las hostilidades del enemigo, que en la mañana del 21 de agosto dominaba ya, desde las alturas, todo el lecho del río, cuando nuestro ejército ocupaba aun la ribera norte.

Esa contrariedad fué extraordinaria porque no estaba prevista.

Según el plan de campaña que con tanta minuciosidad preparó el coronel Körner, el ejército debió pasar el río Aconcagua el mismo día 20 de agosto, con el objeto de encontrar al enemigo el día 21 y de atacarlo en sus posiciones, que sin duda habían de estar en las inmediaciones de Valparaíso, quizá en los cerros del Barón.

Pero el atraso tan involuntario como inevitable con que llegamos á Quintero, y el retardo de tres horas más ó menos, que por esa causa sufrieron todas las demás operaciones, hizo imposible el cumplimiento del plan de campaña en la forma convenida, y fué menester, por tanto, resolverse á perder las ventajas que habríamos obtenido, atacando al enemigo en las mismas puertas de Valparaíso.

Creía también el coronel Körner que bastaban dos brigadas solamente de nuestro ejército para batir al de Balmaceda, y había dispuesto en consecuencia que la brigada restante se dirigiera de Quintero á Limache, para que quedara en aptitud, ó de marchar hacia Santiago, como avanzada del ejército, ó de auxiliar á las fuerzas que atacarían al enemigo en las inmediaciones de Valparaíso.

No fué posible, sin embargo, cumplir en esta parte el programa, porque se comprendió desde el primer momento, que era necesario presentar batalla con todo el ejército.

Otro motivo de grandes inquietudes fué la falta absoluta de noticias sobre la situación de Santiago y Valparaíso, y sobre el resultado de las empresas con que la Junta Directiva de los trabajos revolucionarios en aquellas dos ciudades debía auxiliar al ejército.

El gran peligro que amenazaba al ejército de operaciones, era evidentemente la concentración de las fuerzas existentes en las plazas de Valparaíso, Santiago y Concepción, y en las demás ciudades servidas por el ferrocarril.

Si la línea férrea estaba corriente hasta Talcahuano, Balmaceda podía presentar en unos cuantos días un ejército de veinte mil hombres por lo menos, cuyo empuje no podría ser contrarrestado por nuestro reducido ejército, que no alcanzaba á diez mil hombres.

Todo el patriotismo y decisión del ejército libertador habría sido impotente para resistir á la acción de una

fuerza más de dos veces superior, que estaba perfectamente equipada y amunicionada, y con recursos de toda clase para optar ó por la ofensiva ó por la defensiva, contando siempre con la seguridad del éxito.

El peligro que amenazaba al ejército libertador era tan evidente, que nadie disimulaba el temor del contraste.

Era, pues, indispensable saber, para el desarrollo de las operaciones, si la Junta Directiva de los trabajos revolucionarios había conseguido destruir las líneas del ferrocarril y del telégrafo, como se había anunciado.

Y sin embargo, estábamos en la más completa ignorancia acerca del resultado de esos proyectos. Ningún emisario había llegado hasta nosotros, ni de Valparaíso ni de Santiago, para informarnos de antecedentes tan indispensables en los primeros momentos.

No se dudaba ni se podía dudar de los esfuerzos que necesariamente habrían hecho para auxiliar al ejército los abnegados patriotas que habían elegido los puestos más oscuros y de mayor peligro para combatir á la Dictadura. Era incuestionable que habían expuesto una vez más sus vidas para secundar la acción del ejército libertador.

Pero ese convencimiento no suplía la falta absoluta de noticias acerca del resultado de los proyectos anunciados y se sentían inquietudes y alarmas.

Y como las tropas estaban ya en tierra, debían avanzar hasta encontrar al enemigo.

Cada hora de atraso era un peligro más para el ejército y una probabilidad menos de éxito.

Por eso, y prescindiendo en absoluto de los antecedentes favorables ó adversos de la situación de Santiago y Valparaíso, el ejército se puso en marcha inmediatamente después del desembarco.

La primera brigada y la mitad de la tercera marcharon por la misma playa hacia el sur, llegando en la

noche á la ribera norte del Aconcagua, adonde acamparon.

El resto del ejército avanzó por el camino más al interior, que conduce del pueblo de Quintero á las casas de Colmo.

Una mitad de la tercera brigada y otra de la segunda, acamparon en el pueblo de Quintero.

La otra mitad de la segunda brigada avanzó hasta el fundo Dumuño, en cuyas casas acampó también el cuartel general.

IX

Se aproxima la hora del combate.—El coronel Canto.—Paso del río.—Ataque del enemigo.—Protección de la escuadra.—Se empeña la batalla.—Avance de las fuerzas constitucionales.—Certeros fuegos de la escuadra.—Se diseña la victoria.—Principia la desorganización del enemigo.—Victoria.

El descanso del ejército en los lugares en que acampó durante la noche del 20 de agosto, fué de unas cuantas horas solamente.

Al amanecer del 21 se ponían en movimiento las fuerzas que habían quedado más próximas á Quintero, con el objeto de reunirse al grueso del ejército y de atravesar el Aconcagua.

Llegaba el momento de la acción, el momento decisivo que tanto tiempo y con tanta paciencia se había esperado.

El coronel Canto, comandante en jefe del ejército, hace los aprestos con aquella serenidad familiar que le es característica, y con ese buen humor y jovialidad que le han conquistado tantas simpatías y afecciones en la juventud que le ha conocido en Iquique y que tan popular le ha hecho en el ejército.

Cada hombre tiene facultades especiales que se revelan en situaciones especiales también, si la fortuna les presenta la ocasión.

El coronel Canto crece y toma proporciones de gigante en el campo de batalla; el peligro, que él desafia con el valor más sereno y corriente, lo atrae y arrastra sin perturbar su serenidad.

El coronel Canto viste el mismo uniforme que ha usado en toda la campaña, que es casi el mismo de los soldados, pero está cubierto por las glorias de Pozo Almonte, la más brillante acción que recuerda la historia militar de Chile, y por la reputación adquirida en la campaña contra el Perú y Bolivia.

Después de las once de la mañana principia el ejército á atravesar el río Aconcagua.

La primera brigada es la que lo atraviesa en primer lugar, por el *vado* más inmediato á su desembocadura.

En esa parte el caudal del río está dividido en varios brazos, de modo que teniendo una anchura considerable, es relativamente poca la profundidad.

Pero no por eso deja de ofrecer peligros para una gran cantidad de hombres que lo atraviesan simultáneamente, prestando más atención y cuidado á sus rifles y cananas que á sus personas.

— La gente no se descompone en el agua, dicen los entusiastas soldados; pero los rifles y las municiones se echan á perder mojándose.

La primera brigada salva el río sin grandes dificultades y sin pérdidas de ninguna clase, y llega á la orilla sur, frente á las casas del fundo Concón, perteneciente á don Luis Borgoño Maroto, que era juez de Limache y que por su adhesión incondicional á la Dictadura había sido ascendido á Ministro de la Corte de Valparaíso, recientemente organizada.

¡Más le valiera á esa metrópoli carecer de justicia que tenerla de semejante fábrica!

Se nos dijo que en las mismas casas del fundo Concón había pasado la noche el general Alcérreca, el adalid de la Dictadura.

Inmediatamente después que la primera brigada

salvó el río, se dió orden de pasarlo al resto del ejército, que había hecho la jornada desde Quintero por el camino del interior, llegando á la ribera norte del Aconcagua cerca de las casas de Colmo.

El río no ofrecía en esa parte las mismas facilidades que cerca de su desembocadura, porque era más estrecho el cauce y por consiguiente más profundo.

Tan pronto como los primeros cuerpos estuvieron en el agua, fueron sorprendidos por un nutrido fuego de fusilería hecho por el enemigo, oculto en las primeras alturas del lado sur del río Aconcagua.

Ese ataque inesperado produjo, como era natural, gran sorpresa, que en los primeros momentos se tradujo en confusión.

Las dificultades se hacían casi insuperables, porque nuestras filas podían ser diezmadas impunemente, puesto que desde el río era materialmente imposible la defensa.

Pero, pasada la primera impresión y repuestos de ella los soldados, merced al ejemplo y actitud de los jefes y oficiales, se continuó el pasaje con mayor actividad y empeño. Las tropas ansiaban ganar la orilla sur del río, para vengarse del ataque sorpresivo de que habían sido víctimas.

Contribuyó poderosamente también á devolver la confianza al ejército, la presencia de la corbeta *O'Higgins* primero y del crucero *Esmeralda* después, los cuales desde la desembocadura del Aconcagua protegieron de la manera más eficaz á nuestro ejército, disparando su artillería sobre el enemigo.

Las certeras punterías de los buques producen confusión en las tropas dictatoriales, y dan bríos á las nuestras.

El ataque no se hace esperar.

La primera brigada está ya en acción, y las otras dos se despliegan y forman la línea de ataque inmediatamente después de llegar á la ribera sur.

La batalla se compromete en las condiciones más desfavorables para nuestro ejército.

Todos ó la mayor parte de los soldados han atravesado el río con sus uniformes puestos, y por consiguiente están empapados de pies á cabeza.

Es un peso más que cargan y que dificulta sus movimientos, reduciendo considerablemente su empuje.

En esas condiciones tienen que trepar las alturas que están inmediatamente al sur del río, para formar la línea de ataque.

Pero nada hay irresistible para quien lucha por la libertad.

La consigna es avanzar y avanzar, y nuestros soldados, que ya tienen la actitud y las proporciones de un león enfurecido que defiende su guarida, avanzan y avanzan con empuje extraordinario y arrollan en todas partes al enemigo.

Ya son de nuestro ejército las posiciones primeras del enemigo, desde donde pretendió impedir la pasada del río; pero los dictatoriales ocupan otras nuevas que á sus espaldas les presenta el terreno.

La artillería de una y otra parte funciona vivamente, haciendo un estruendo que repite el eco reiteradas veces. Más lentamente se hacen oír los estampidos de los disparos de la *O'Higgins*, y especialmente los de las piezas de grueso calibre de la *Esmeralda*, cuyo efecto es sorprendente á pesar de la gran distancia á que están los buques de las fuerzas enemigas.

La caballería dictatorial se desorganiza y los animales se disparan y dispersan por el efecto de las granadas que estallan en las cercanías.

A las dos y media de la tarde cobra nuestro ejército nuevos bríos y más empuje.

Ya se diseña en el horizonte el astro de la victoria. La resistencia del enemigo se hace á cada momento más y más débil, y principia la desorganización y la retirada, que poco después se convierte en fuga.

Los cañones enemigos enmudecen poco á poco, y en todas partes del campo dictatorial se pronuncia la confusión y el desorden.

El campo enemigo es ya de los nuestros. En todas partes ha vencido el empuje de las fuerzas constitucionales, abriendo ancha brecha en las filas enemigas. Las fuerzas dictatoriales se sienten impotentes para resistir á los nuestros, y á su aproximación ceden el campo y abandonan las piezas de artillería y todos sus elementos de defensa. Sólo piensan en ponerse fuera del alcance de los mortíferos fuegos.

A las cuatro de la tarde cesa el fuego y principia la persecución del enemigo, que huye en distintas direcciones, escalando los cerros más altos que circundan el extenso campo en que se dió la batalla, y principalmente los que por el sur lo separan de Viña del Mar.

La más brillante victoria ha coronado los esfuerzos de nuestros bravos soldados. Son dignos defensores de la noble causa que sirven. No en vano se confió á ellos la conquista de la libertad que ha de redimir á la patria, envilecida por la horda de traficantes que la explotan.

Al terminar la batalla, encuentro al coronel Körner, que mandaba el ataque por nuestra ala derecha, con la primera brigada. En ese momento ordena al comandante de ella que reuna sus tropas en Reñaca, al sur del campo de batalla, á donde debía acampar.

Inmediatamente después el coronel Körner va á buscar al coronel Canto, que ha tenido á su cargo la dirección de la batalla por nuestra ala izquierda, y que está en ese momento cerca de las casas de Colmo.

X

Impresiones personales.—En marcha al campo de batalla.—Rezagados.—Los primeros cadáveres.—La ambulancia de Concón.—Heridos.—El campo de batalla.—Luis Orrego Luco.—Octavio Echegoyen.—Municiones.—Á Quintero.—Á bordo del *Cochrane*.—Boletines oficiales.—Parte del coronel Canto.

No me corresponde hacer ni el intento, siquiera, de relatar técnicamente las operaciones de la batalla.

Carezco de la preparación necesaria para ello y de facultades que sólo dan el estudio y la experiencia.

Por otra parte, esa labor es ajena á mi propósito de dar una idea sumaria de la marcha y operaciones de la expedición libertadora, desde su partida de Iquique hasta su arribo á Santiago.

Para mi objeto, tienen más importancia las emociones é impresiones que no quedan consignadas en los partes oficiales, y que tan necesarias son para hacer la historia de los acontecimientos.

El que no pretende hacer más que el rol de simple cronista de los hechos que ha presenciado, tiene que limitarse, como lo he hecho yo, á referir los acontecimientos á grandes rasgos.

Pero como el campo de batalla suministra tanto material para escribir, no me resuelvo á omitir las impresiones y los detalles que solamente puede sentir y ver el que por vez primera asiste á un teatro de muerte y destrucción, á donde el primero y más imperioso deber del hombre es matar á sus semejantes.

En las primeras horas de la mañana se oyen en Quintero, á bordo del *Cochrane*, los primeros disparos de artillería cambiados con el enemigo.

Son los preliminares de la gran batalla de Concón.

Se me concede autorización para trasladarme al campo de la acción, y parto inmediatamente.

En el puerto de Quintero encuentro al doctor Olof Page, jefe del servicio sanitario, y al doctor Polhammer, que se dirigen también al campo de batalla.

Marchamos juntos por el camino de la playa, oyendo arreciar cada vez más el fuego.

En el camino encontramos un número considerable de soldados, que sin duda se han quedado rezagados el día anterior. Á todos los animamos para que apuren la marcha, y vayan á ayudar á sus hermanos que ya están batiéndose.

Encontramos también las ametralladoras á cargo de oficiales y sirvientes de los buques. Apenas avanzan, porque el camino es sumamente pesado, y los animales que las arrastran son muy malos.

Llegamos al río, y en la orilla norte vemos amontonados una gran cantidad de rollos de nuestras tropas, que los abandonaron para atravesar con mayor seguridad el río.

A la distancia esos rollos parecen soldados, de tal modo que yo creí fuera una reserva de nuestro ejército.

Atravesamos el río sin ninguna dificultad, llevando aun en ancas á varios soldados que estaban listos para pasarlo.

Calculo que los soldados que hemos visto en el trayecto de Quintero hasta el río no bajaban de doscientos.

En el lecho del río encontramos los cadáveres de algunos soldados que se ahogaron al atravesarlo. Son del regimiento Chañaral, número 5.

El espíritu va preparado para esa clase de espectáculos... Seguimos nuestro viaje lamentando la fatalidad de las primeras víctimas de la guerra, caídas en peores condiciones que en el campo de batalla.

Subimos á las alturas que hay al sur del río, y llegamos á las casas del fundo Concón, donde se está instalando una ambulancia.

Han llegado los primeros heridos. Hay unos cuan-

tos soldados y dos ó tres oficiales. Encuentro al mayor Dodds del Constitución, número 1, que ha sido herido en una mano; al señor Fabres, creo que del regimiento Valparaíso, que está herido en un pie, y á algunos más.

Cambio con ellos unas cuantas palabras, les doy un apretón de manos que expresa lo que siento, y sigo adelante por el camino en que está apoyada el ala derecha de nuestro ejército, formada por la primera brigada.

Todo lo que veo y oigo es nuevo, enteramente nuevo para mí.

Cadáveres por aquí, y por allá, y por todas partes. Grupos de dos ó tres personas, que rodean y atienden á los heridos. Varios de éstos que se dirigen á la ambulancia, solos unos, otros ayudados por algunos compañeros.

Un rato después veo avanzar en un caballo que es conducido de las riendas por un hombre á pie, á un oficial cuya palidez, casi cadavérica, no me permite reconocerlo en el primer momento.

Cuando está más cerca, me llama por mi nombre, y advierto que es Lucho Orrego Luco, dos veces herido, y que ha perdido abundante sangre.

Su aspecto me impresiona profundamente.

El estrecha mi mano, y con voz enérgica, aunque apagada, me dice:

—La libertad de la patria vale más que la vida de uno. ¿No es cierto?

El patriotismo del pobre Lucho me recordó en ese instante la vida de incansable labor que hizo en Iquique, enteramente consagrado al servicio de su cuerpo.

Me había llamado especialmente la atención su entusiasmo militar y su dedicación de todo momento al servicio del cuerpo á que pertenecía.

Era capitán del Chañaral, 5.º de línea, y hacía poco tiempo había ascendido á sargento mayor.

Lucho es uno de los jóvenes que han manifestado más espíritu militar.

Sería lástima que abandonara la carrera.

Tiene tantas aptitudes para la espada como para la pluma.

El ejército necesita oficiales ilustrados.

Tras de Orrego Luco son conducidos á la ambulancia otros dos oficiales. Uno de ellos, que es casi un niño, ha sido horriblemente herido en la mandíbula superior.

Los fuegos del combate se mantienen todavía.

Á unos cuantos pasos de nosotros está funcionando una de las dos ametralladoras que alcanzaron á llegar al campo de batalla.

Un rato después veo que se dirige á mí mi amigo Octavio Echegoyen, cirujano 1.º del servicio sanitario.

Me pregunta por su hermano Homero, á quien busca porque ha sabido que está herido.

Yo sé que ha muerto; pero le contesto que nada sé, porque me resisto á aumentar la aflicción que revela su fisonomía.

Quiere seguir su camino en busca de su querido hermano, y nosotros procuramos impedirselo, reclamando sus servicios para varios heridos.

Y ese hombre, que sufre más que los mismos heridos á quienes asiste, cumple su deber sin vacilación, y con la misma calma aparente que si nada tuviera en que pensar.

Se olvida hasta de su hermano, para cumplir su obligación. . . ¡sacrifica sus sentimientos en aras del deber!

Más tarde me anuncia el bravo comandante López, del regimiento Constitución, número 1, que están escasas las municiones y que es menester pedir más para el caso que la batalla se prolongue.

El comandante Frías, de la primera brigada, me confirma ese hecho, y procuro encontrar á alguno de

los *señaleros* de la escuadra que acompañan al ejército, con el objeto de ponernos en comunicación con los buques que están en la desembocadura del Aconcagua, y que tienen municiones.

No encontrándose al *señalero*, pido al guardia-marina señor Camus que desempeñe él la comisión, dejando entretanto la ametralladora á cargo de otro compañero.

En ese momento ya están cesando los fuegos. Principia con actividad la persecución del enemigo.

Insistiéndose en la necesidad de las municiones para la seguridad de la noche, me dirijo á la puntilla de Concón, con el objeto de activar el desembarque de ellas.

El capitán Arturo Fernández está ocupado en lo mismo; pero habiendo partido la *Esmeralda* y la *O'Higgins*, me pongo en marcha á Quintero, á donde llego después de las ocho de la noche.

Me embarco en una lanchita á vapor para salir en busca del *Cochrane*; pero hay fuerte viento que puede hacer zozobrar esa embarcación, y me trasbordo al *Biobío*, buque almirante de la escuadrilla de los *mosquitos*, formada por los escampavías *Cóndor* y *Huemul*. El *Miraflores* quedó en el Huasco, por habersele roto el timón.

El *Biobío* apenas aguanta la braveza del mar, y no encontrando al *Cochrane*, regresa al puerto. Al amanecer salimos de nuevo, y encontramos al *Cochrane*. Me trasbordo á él y nos dirigimos á caleta Concón, con el objeto de desembarcar municiones para enviar al campamento del ejército.

Á bordo del *Cochrane* se tienen ya algunas noticias de la batalla de Concón.

En esa misma mañana llegan los primeros boletines de la victoria.

El del coronel Canto dice:

“Hasta aquí vamos muy bien. Son las tres y cuarto,

y la batalla parece ganada. Si hubiera habido abundancia de municiones, todo estaría concluído.

"CORONEL CANTO"

Otro boletín del Ministro de Hacienda, don Joaquín Walker Martínez, dice:

"SEÑOR DON JORGE MONTT.

"Desde el campo de batalla.

"Triunfo completo después de más de tres horas y media del más reñido fuego. Toda la artillería tomada. Armamento, mucho desparramado en el campo. Prisioneros, imposible calcular el número. Creo pasan de 2,000. Desgracias, pocas conocidas todavía. Una brillante carga del Esmeralda produjo la derrota. Nada puedo anunciarle aún sobre movimiento sobre Valparaíso. Procuraremos reunir la tropa y salir esta noche. Lleve municiones por mar. Urge.

"JOAQUÍN WALKER MARTÍNEZ"

Inmediatamente después llegó el parte del coronel Canto, escrito con lápiz en cinco pequeños pedazos de papel, con letra de Juan Antonio Orrego, que se conserva archivado.

El parte es el siguiente:

"SEÑOR DON JORGE MONTT.

"¡Viva Chile! ¡Viva la libertad! Principiamos combate á las 11.15 A. M. y terminó á las 3.30 P. M., con resultado espléndido y victoria completa.

"Hemos tomado una batería de campaña y otra de montaña, dos ametralladoras, como 2,000 rifles y á lo menos 1,000 prisioneros, entre ellos jefes y oficiales.

«Tenemos el sentimiento de haber perdido á los comandantes del 5.º y 9.º; y heridos el comandante del Huasco; segundos Bari, del 9.º, y Anabalón, del 1.º, y mayores Orrego Luco, del Chañaral, y Dodds, del Constitución. Hay también otras pérdidas en los distintos regimientos. Bajas de tropa, reducidas; del enemigo, muchos muertos.

«Combatieron en nuestra contra el Buin, el 3.º, el 4.º, el 7.º, el 9.º, el 10.º, el Traiguén, el Temuco, el Victoria, el Mulchén, Carabineros y Artillería.

«Número de enemigos se calcula en 8,000 como minimum, colocados en posiciones al parecer inexpugnables.

«Mandaban la línea los generales Barbosa y Alcérreca y coroneles Pinto Agüero, Lopetegui, Zelaya, Camus, García Videla y Arellano.

«Mis felicitaciones en nombre de todos los abnegados defensores de la patria, para V. S. y todos los que forman parte del Gobierno de la libertad de Chile.— Colmo, 21 de agosto de 1891, á las 8 P. M.

«CORONEL CANTO»

Los comandantes del 5.º y del 9.º á que se refiere el coronel Canto, son Vicente Palacios Baeza y Santiago Aldunate Bascuñán.

No han muerto felizmente, ni están heridos.

Yo he visto á Vicente y he sabido que Santiago no ha tenido novedad. Por consiguiente, no se les llora en el *Cochrane*.

La equivocación ha provenido, sin duda, de que han sido heridos los mayores Orrego Luco, del Chañaral, número 5, y Bari, del Tarapacá, número 9.

XI

Reflexiones sobre la batalla de Concón.—Probabilidades de triunfo.—Ventajas y recursos del ejército de Balmaceda.—Superioridad sobre las fuerzas libertadoras.—El secreto de la victoria.—Superioridad moral del ejército libertador.—Opinión de los prisioneros.—Vencer ó morir.—Oficiales muertos y heridos.—Incorporación de los prisioneros al ejército.—Aumento de su efectivo.

La gran batalla de Concón, en la que los *futrecitos* de Santiago y de todo el país hicieron morder el polvo á los pretorianos de Balmaceda, es una lección que no deben olvidar jamás los aspirantes á dictadores.

Más que á Chile, servirá esa lección á las otras repúblicas de América, en algunas de las cuales surgen los Dictadores y los tiranos como las callampas.

En Chile no era posible, así lo creíamos, que se irguiera la dictadura.

Estaba tan arraigado el respeto á la ley y el régimen constitucional en todas sus esferas, que nadie concebía que pudiera engendrarse en nuestra tierra un ejemplar de dictador.

Fué necesario para que tal cosa sucediera, que los mismos vientos que introdujeron el cólera al país arrastraran á la Moneda los miasmas de la política, y que en ella hubiera un hombre como Balmaceda, cuyo corazón sólo late á impulsos del crimen, y cuya alma solamente es capaz de anidar los gérmenes del vicio y de la maldad.

En la batalla de Concón todas las probabilidades de triunfo estaban en favor de Balmaceda.

Tenía disponible un ejército tres veces superior al que acababa de desembarcar en Quintero.

Tenía á su disposición la línea férrea que le permitía concentrar todas las fuerzas en un punto dado.

Tenía la facultad de elegir posiciones para la bata-

lla, puesto que el ejército libertador no podía mantenerse á la defensiva, y había de buscar necesariamente y atacar al enemigo donde estuviera.

Tenía Balmaceda facilidades de toda clase, y abundancia de recursos, puesto que estaba en comunicación inmediata con los centros más importantes de población, donde había parques, arsenales y almacenes repletos de toda clase de artículos.

Nuestro ejército, por el contrario, además de no alcanzar á diez mil hombres, estaba mal vestido, privado de recursos y enteramente aislado é incomunicado con todos los centros de población. Los agentes de la Dictadura habían internado todos los animales vacunos y cabalgares de las haciendas inmediatas á Quintero.

La artillería nuestra era muy inferior á la enemiga. Teníamos solamente diez y ocho piezas Krupp, contra un número inmensamente superior.

Y por último, las tropas nuestras entraron en acción en las peores condiciones imaginables, teniendo que atravesar el Aconcagua con el agua más arriba de la cintura, bajo los fuegos enemigos, y ocupando el ejército de la Dictadura posiciones casi inexpugnables.

¿Cuál pudo ser entonces la causa determinante de la victoria del ejército expedicionario?—La primera y más importante fué sin duda la diferencia en la calidad de los hombres de uno y otro ejército.

Aunque todos eran chilenos é *hijos de la misma piedra*, como tan chistosamente decían nuestros soldados, había entre unos y otros diferencias sustanciales.

Los oficiales de nuestro ejército eran todos ciudadanos, *futrecitos*, como irónicamente decían los cortesanos del Dictador; que tenían conciencia de sus derechos y deberes, y que habían tomado la espada única y exclusivamente para devolver al país su libertad y sus instituciones.

Todos esos oficiales habían escapado ó de las cárce-

les ó de las persecuciones de los sayones de la Dictadura, corriendo peligros inminentes.

Los oficiales del ejército dictatorial no eran ciudadanos, sino mercenarios del Dictador. No servían por convicciones ni por principios, sino exclusivamente por los sueldos que se les pagaban y por las promesas de granjeo y robo con que se les halagaba.

Todos eran del tipo de Stephan, pero más ignorantes ó menos inteligentes.

Balmaceda tocó desde el primer momento el gran recurso para formar un ejército leal. Duplicó ó triplicó los sueldos, y tuvo un ejército fiel, con generales como Velázquez y Barbosa, que personifican la ambición y el servilismo.

En una conferencia que tuve con los prisioneros de Concón, á bordo del *Abtao*, interrogué á los oficiales dictatoriales sobre la causa de su actitud á favor de la Dictadura, y uno de ellos, que era mayor del Buin, y cuyo nombre no recuerdo, contestó con la mayor tranquilidad:

—En todo pleito hay dos partes: una buena y otra mala. Á nosotros nos tocó la mala, y nos *fregamos*.

Esta típica respuesta da una perfecta idea de la calidad de los hombres á quienes Balmaceda había confiado la defensa del trono de José Manuel I y de su sucesor Claudio el Imbécil.

¡Los unos para los otros!

La misma diferencia que había entre los oficiales existía entre los soldados de uno y otro ejército.

Los hombres del norte, los trabajadores del desierto, se distinguen tanto por su vigor físico cuanto por su altivez y entereza de carácter. Todos ellos se habían alistado "para pelear por la libertad", como decían, y con la condición de que, terminada la campaña, se les conduciría á sus faenas.

Ellos no óbedecían al látigo, como los leales de Balmaceda, ni eran voluntarios de amarra.

Esa diferencia sustancial entre ambos ejércitos, robustecida por el sentimiento de patriotismo que animaba á los soldados libertadores, y la buena dirección de los jefes, fueron el secreto de las victorias y del desquiciamiento de la Dictadura que algunos días antes parecía descansar en cimientos inconmovibles.

La victoria de Concón fué un prodigio de valor y energía de nuestro ejército, y la consagración de los principios é instituciones de que él era defensor.

En el campo de batalla se jugó la suerte del país, con el convencimiento de que no había más alternativas que la victoria ó la muerte.

Los mismos prisioneros ponderaban con asombro el empuje de nuestros soldados, atribuyéndolo á armas y máquinas de guerra que su fantasía y terror les había forjado en su imaginación.

Ahí están para probarlo los cadáveres de Garcés Puelma, Echegoyen, Guerra, Romo, Toro, Gutiérrez y de tantos otros nobles jóvenes que rindieron su vida para cumplir la consigna de vencer ó morir.

¡Gloria á ellos que se sacrificaron por el más noble de los ideales que puede concebir el alma generosa y abnegada de la juventud!

¡Gloria también á Beytía, Torreblanca, Padilla, Herrera, Bari, Dodds, Orrego Luco, Varas Herrera, Fabres y á tantos otros distinguidos jóvenes que ostentarán con orgullo las cicatrices que simbolizan sus virtudes cívicas!

Los primeros homenajes rendidos al valor de nuestro ejército fueron tributados por el enemigo.

Todos los soldados prisioneros, que fueron tratados humanamente, á pesar de que sus jefes les habían hecho creer que serían ultimados, fraternizaron inmediatamente con nuestras tropas, y en la disyuntiva de quedar en calidad de prisioneros ó de incorporarse á nuestro ejército, todos, sin excepción, prefirieron abrazar nuestra causa y hacer armas contra la Dictadura.

Todos encontraron colocación y fraternizaron con sus hermanos. Se daban efusivos abrazos y buscaban palabras en su lenguaje característico para expresar su absoluta irresponsabilidad en la lucha fratricida á que habían sido arrastrados.

De esta manera se realizó un prodigio más en esta guerra, tan extraordinaria bajo todos aspectos.

Nuestro ejército tenía antes de la batalla un efectivo de 9,500 hombres. Las bajas en Concón lo redujeron á menos de 9,000, y unas cuantas horas después aumentaba el efectivo á cerca de 11,000 hombres.

El considerable número de piezas de artillería tomadas al enemigo, y que tanta utilidad nos habrían prestado, no pudo aprovecharse sino en parte, porque casi todos los obturadores fueron ocultados por los dictatoriales.

Los sayones de la Dictadura que servían como oficiales fueron conducidos á bordo de los buques de guerra, para que en el aislamiento meditaran sobre los crímenes de que se habían hecho responsables, sirviendo como mercenarios al Dictador.

XII

Aprestos para otra batalla.—Noticias del enemigo.—La escuadra.—Se empeña la batalla en tierra.—Combate del *Cochrane* y *Esmeralda* con las baterías de Valparaíso.—Impresiones y comentarios.

La victoria de Concón no nos abrió las puertas de Valparaíso, como esperábamos y como sin duda habría sucedido, si se hubiera logrado interrumpir la línea férrea á Santiago y al sur.

Los continuos silbidos de las locomotoras, que estaban en movimiento desde el día del desembarco, anunciaban que el Dictador movilizaba todas las tropas disponibles, y que era necesario librar inmediatamente

una segunda batalla, para la cual se hacían aprestos por nuestra parte, desde la misma noche del 21, en que se obtuvo la victoria de Concón.

Á las diez de la noche de ese día, el Ministro de Hacienda don Joaquín Walker Martínez, escribía al señor Montt lo siguiente:

"21 de agosto, 10 P. M.

"SEÑOR DON JORGE MONTT:

"Ya tendrá, al recibir ésta, parte del coronel con algunos detalles.

"Conviene ahora que resolvamos lo que sigue, y que es menester combinarlo con la escuadra.

"Como la tropa no ha comido hoy, tendrá que almorzar mañana. No podremos, pues, salir sino tarde.

"Körner está con la primera brigada en Reñaca. Pueden mandarle bote ó instrucciones. Si me manda propio, yo procuraré aquí dar los avisos.

"Municiones, no las olvide. Sé que deben venir en la madrugada. Averígüelo, y lleve á bordo si no han salido. Fué nuestra angustia de hoy su escasez. Noticias de los buques ó de Valparaíso no tenemos.

"J. WALKER MARTÍNEZ"

En la mañana del 22 comunicaba el coronel Canto las últimas noticias recibidas, en el parte siguiente:

"22 de agosto

"En este momento, 10 $\frac{3}{4}$ A. M., dos jóvenes que llegan de Valparaíso comunican que este puerto ha sido abandonado, dejando en él una guarnición de sólo 200 hombres. No se sabe con seguridad si artillería de costa desocupó los fuertes.

"Noticia sobre muerte de comandantes Aldunate y Palacios, inexacta. Cañones tomados al enemigo, catorce: ocho de campaña y seis de montaña; además, tres ametralladoras.

"CORONEL CANTO"

El abandono de Valparaíso por las fuerzas dictatoriales comunicado al coronel Canto, era para tomar posiciones fuera de la ciudad, como en efecto sucedió.

La guarnición de Valparaíso, aumentada con los fugitivos de Concón y con las tropas que llegaban del sur, se situaron en las alturas del Barón y Viña del Mar para detener á nuestro ejército, que avanzó en la misma noche de la victoria de Concón.

La escuadra, por su parte, cooperaba, en su esfera, á la acción del ejército.

Durante todo el día 22 se desembarcaron en la caleta de Concón las municiones tan solicitadas por el ejército, y se transportaron en mulas al campamento.

En las noches rondaban los buques de guerra, con toda clase de precauciones, para evitar sorpresas que necesariamente intentarían los enemigos.

Desde la noche del 20 se había doblado la vigilancia nocturna, con un celo digno del mayor encomio.

Á media noche de 22 de agosto se tocó dos veces á zafarrancho en el *Cochrane*, y se hizo fuego sobre una de las lanchas torpederas que seguía nuestros pasos.

En la madrugada del domingo 23 amaneció el *Cochrane* al frente de Valparaíso.

Inmediatamente después se oyen disparos de artillería que cambia nuestro ejército desde sus posiciones al norte de Viña del Mar, con el enemigo que está situado en las alturas de Miramar y Barón, apoyando su izquierda en el fuerte Callao.

Creyéndose á bordo que se ha trabado el combate, porque así se esperaba, avanza el *Cochrane* hacia Val-

paraíso por la parte norte de la rada, y se sitúa frente á la batería Callao, con el objeto de cooperar á la acción del ejército.

A las siete cuarenta de la mañana se formaliza el combate entre los fuertes, y el *Cochrane* y el *Esmeralda*.

A esa hora arrecian también los fuegos de artillería entre los dos ejércitos.

Las baterías del sur de Valparaíso hacen varios disparos bien dirigidos, pero quedan cortos.

El enemigo solamente hace uso de las piezas Armstrong, de nueve pulgadas, con alcance de ocho mil metros, de las cuales hay dos en el fuerte Callao, tres en el Pudeto, dos en el Covadonga, uno en Torre Bueras y otro en Yerbas Buenas.

Hay también piezas Krupp de veintiún centímetros y Armstrong de diez pulgadas, pero no tienen el alcance de aquéllas.

Como á las nueve y media A. M. el fuerte Callao hace un certero disparo sobre el *Cochrane*, que pasa por entre los palos del buque y se pierde en el mar como á cincuenta metros del blindado.

A las diez A. M. en punto, un proyectil disparado desde el fuerte Pudeto, cae por el costado de babor, como á cinco metros del *Cochrane*, bañándolo con el agua que levanta al sumergirse.

Es sin duda el mejor tiro.

A las diez veinticinco cae otro proyectil del fuerte Callao, por la aleta de babor del *Cochrane*, como á treinta metros.

El *Esmeralda* recibe manifestaciones análogas á las del *Cochrane*, pero aunque bien dirigidas y con buenas intenciones, sin duda, no ofenden.

El *Biobío*, buque jefe de la escuadrilla de escampavías, avanza hacia el *Cochrane* para comunicar algunas noticias, y es recibido también con un disparo del Callao, que llena de satisfacción al capitán Donoso.

Se le ha confundido sin duda con el *Huáscar*.

El *Esmeralda* y el *Cochrane* responden á los fuertes, pero con prudencia y sin apuro, porque las municiones no son muy abundantes y es menester mantener los fuegos.

Con tanta calma se sostiene el combate, que el *Cochrane* ni siquiera evita las punterías, aguantándose largo tiempo en el mismo lugar.

Habiendo cesado como á las diez cuarenta y cinco el cañoneo sostenido por nuestro ejército, suspenden los fuegos el *Cochrane* y el *Esmeralda*, y se dirige el primero á la caleta de Concón.

Según los cálculos hechos, los fuertes de tierra dispararon de treinta á cuarenta proyectiles, repartidos como sigue:

Del fuerte Callao.	18
Del id. Pudeto	9
Del id. Covadonga	2
Del id. Yervas Buenas.	4
De los otros.	6

El *Cochrane* hizo de diez á doce disparos y el *Esmeralda*, de seis á ocho.

En el *Cochrane*, durante el combate, ocupaban el puente de proa el comandante en jefe de la escuadra don Jorge Montt, y el comandante del blindado don Florencio Valenzuela Day.

El puente de popa estaba ocupado por el mayor de órdenes don Javier Molinas, por los capitanes Leoncio Valenzuela y Vicente Zegers, y por los *cucalones*, que así podemos calificarnos los que estábamos embarcados con carácter oficial, pero que no éramos oficiales de guerra, como el auditor Ventura Blanco, el señor Altamirano, el tesorero general de la escuadra y del ejército Alfredo Délano, y el que suscribe, secretario general de la escuadra.

Un combate en el mar en que sólo juega la artillería, como sucedió el día 23, produce impresiones ente-

ramente diversas á las que se sienten en una batalla terrestre.

En ésta, el estruendo incesante y no interrumpido de la artillería y fusilería mantiene el espíritu desde el principio hasta el fin en el mismo estado, sin transiciones bruscas.

Las únicas alteraciones que se experimentan son producidas por el ruido particular de los proyectiles que pasan á poca distancia de los oídos, ó por la caída de algún compañero más ó menos inmediato.

Pero al cabo de algún tiempo la naturaleza se familiariza con el peligro, y el ardor mismo del combate atenúa las impresiones y hace insensible el espíritu á toda emoción ajena al interés general.

Se asiste al espectáculo de la muerte y de la desolación, y se ven caer muertos y heridos con la misma calma y tranquilidad que conservan los cirujanos en las operaciones más dolorosas y sangrientas.

En el combate marítimo hay interrupciones y treguas, momentos de expectativas y de incertidumbres, durante los cuales se reproducen y repiten las emociones.

Entre el fagonazo y el estampido y la llegada del proyectil, transcurren unos cuantos segundos, un período apreciable de tiempo, que permite hacer comentarios y cálculos sobre su dirección y sobre los efectos del choque de la masa de acero contra cualquiera parte del buque.

Esos comentarios eran la materia de nuestra festiva charla sobre el puente.

Disertábamos sobre la ventaja de los proyectiles grandes sobre los pequeños, de los combates terrestres, y era unánime la opinión en favor de los primeros, porque tenían la virtud, á imitación del régimen dictatorial, de atropellarlo todo de una vez, y de hacer cambiar de domicilio con más velocidad que la que gastó el *veloz* Camus para trasponer la frontera chilena.

Alguien observaba que tenían otra ventaja mayor, como era la de dar cuenta de muchos hombres á la vez, lo que en tales casos era un consuelo, y que tan exacta era su aseveración, que él cuidaba siempre estar cerca de otro, con el fin de partir acompañado, si así lo disponía el proyectil.

Y efectivamente, ese opinante buscaba compañero apenas el fogonazo nos anunciaba la partida de cada proyectil.

Tales discusiones se interrumpían por el anuncio de cada disparo, que era la señal para ponerse en actitud de penetrar *la intención* de los proyectiles, que solíamos no descubrir muchas veces, sino cuando habían llegado á su destino.

Y como el egoísmo humano se manifiesta en todas las circunstancias de la vida, y especialmente cuando ella está en peligro, quedábamos perfectamente tranquilos cuando nos convencíamos de que el disparo era dirigido á otro buque y no al nuestro.

—Ese es para el *Esmeralda*, se decía, y nosotros mirábamos impasible su efecto.

—Ese es para nosotros, exclamaba alguien, y nos aprestábamos para recibir el proyectil ó mejor dicho para dejarnos llevar y marchar con él hasta donde quisiera.

La naturaleza humana es más flexible y elástica de lo que generalmente se cree; se amolda con facilidad á las circunstancias difíciles y á las situaciones extraordinarias, de tal modo que en muy corto tiempo se familiariza con ellas, llegando hasta perder el sentimiento de conservación.

¡Tanto pueden la noción del deber y el pundonor!

XIII

El *Cochrane* vuelve á caleta Concón.—Noticias del ejército.—Marcha al campamento.—El viaje.—Otra ambulancia.—¡Pobres heridos!—Llego al campamento.—Los sucesos y contrariedades del día.—Hambre y sueño.—Cañoneo de la *Lynch* sobre la caballería.—¡Llegan las provisiones!—Se levantan los ánimos.—La noche.—Regreso al campamento.—El ejército en marcha.

Después del tiroteo del *Cochrane* y de la *Esmeralda* con las baterías de Valparaíso, el blindado hizo rumbo á la caleta de Concón, con el objeto de ponernos en comunicación con el ejército para tener noticias de los acontecimientos ocurridos en la mañana y conocer las causas de la suspensión del ataque al enemigo en sus posiciones de Viña del Mar.

En el primer momento llegan noticias poco precisas del campamento; los portadores de ellas, que no han estado en comunicación con los jefes, ignoran las proporciones y consecuencias de la acción que principió en la madrugada y que solamente se concretó á las fuerzas de artillería.

Gran parte del día se emplea en desembarcar víveres y municiones, que se conducen inmediatamente al campamento.

En la tarde, no habiéndose adelantado en las noticias del campamento, se me ordena dirigirme á él, y parto á caballo entre seis y siete de la tarde acompañado de un guía que asegura ser muy *vaqueano*.

Apenas se oscurece, el guía comienza á desconfiar de sus conocimientos, y me declara que hace muchos años no recorre los senderos por donde me conduce, y que teme perderse.

Ante esa amenaza, me doy aires de *veterano*, y le advierto que si se extravía ó si no llegamos tan rápidamente como deseo, le daré lo que él merece por ha-

berse ofrecido á servir de guía sin conocer la localidad.

El guaso, que es ladino, me comprende y sigue avanzando sin vacilaciones ni dudas.

En las alturas, desde donde se domina el puerto de Valparaíso, nos extravían los vivos reflejos de la luz eléctrica que los dictatoriales dirigen sobre la bahía y sobre los cerros adonde están acampadas nuestras fuerzas, con el objeto de observar los movimientos que se hagan.

Después de una hora de marcha llegamos al camino carretero que conduce á Valparaíso, por donde escaparon los fugitivos de la batalla de Concón.

Las sombras de la noche no permiten ver los cadáveres ni la multitud de objetos abandonados por los dictatoriales en su precipitada fuga, pero el caballo avanza con recelos y tímidamente.

Más adelante encuentro un miserable y estrecho rancho convertido en ambulancia. Los débiles resplandores de las fogatas que arden en sus cercanías, dan á esa choza un aspecto lúgubre y conmovedor.

Los heridos no han tenido capacidad suficiente en el interior y ocupan hasta la parte exterior de la habitación, estando expuestos á todos los rigores del frío en la noche y del sol en el día.

No hay suerte más infeliz que la de los que caen heridos durante las operaciones preliminares.

Antes de la acción definitiva no hay más preocupación que la victoria, y todo, absolutamente todo, se sacrifica á ella.

No me atrevo á detenerme en esa mansión del dolor, porque me parece una ironía, casi una burla, no llevar ni un consuelo, ni un auxilio.

Prefiero hasta ignorar los nombres de esos mártires de la patria, y sigo adelante con profunda tristeza.

Nada hay más mortificante que pasar cerca de un desgraciado sin poder socorrerlo.

A las nueve de la noche llego á las primeras avan-

zadas del campamento, que está establecido en un lugar que, según el guía, se llama *Los corrales viejos*, y á cada paso contesto á los gritos de *¿quién vive?* repetidos por los centinelas.

El campamento está sembrado de fogatas que dan calor y claridad á los grupos de soldados que las rodean.

Á la orilla del camino hay dos ó tres miserables ranchos, que daban albergue á desgraciadas familias de inquilinos que fueron expulsadas por los sayones de la Dictadura.

Un instante después encuentro al coronel Körner, que va de retirada, á buscar en el sueño un alivio para sus fatigas.

Él me conduce al lugar en donde descansan el coronel Canto, Joaquín Walker, Gaspar Toro, Augusto Orrego Cortés y otros.

Me refieren todas las amarguras y penalidades que han saboreado en el día.

Me cuentan que en la madrugada debió librarse el combate para entrar á Valparaíso, y que efectivamente se movieron las dos brigadas que debían iniciar el ataque; pero que ocupando el enemigo posiciones inexpugnables, y estando defendido por fosos y trincheras bien preparadas, los comandantes de las brigadas habían preferido suspender el ataque y regresar al campamento.

Me refieren también que la acción de la mañana se redujo á un tiroteo de artillería, sin resultados, y con muy escasas pérdidas, y que el único oficial herido es Alberto Phillips, quien se cree quedará enteramente ciego, á consecuencia del estallido de una granada.

Y para que nada faltara, la torpedera *Lynch* abandonó en la tarde su fondeadero, y acercándose á la costa norte de la rada de Valparaíso, hizo nutrido fuego de cañón sobre la tropa de caballería más inmediata.

El efecto que esto produjo fué deplorable, y contri-

buyó poderosamente á aumentar el malestar y agravar la situación crítica producida por tantas y tan variadas circunstancias.

Fué necesario internar la tropa para ponerla fuera del alcance de los fuegos enemigos.

Todas las relaciones que escucho revelan que en el día ha habido profundo malestar, que se ha carecido de víveres, y que el hambre y la falta de sueño ha producido desfallecimiento y minado por momentos hasta los caracteres más enérgicos y vigorosos.

Felizmente la crisis ha pasado. En ese momento están llegando víveres, y la noticia solamente de su arribo levanta y fortifica los espíritus...

La tropa comerá abundantemente y descansará durante todo el día 24, y probablemente en la madrugada del 25 se librará la batalla que ha de permitirnos entrar á Valparaíso.

Nuestro ejército hará un rodeo con el objeto de obligar al enemigo á abandonar sus posiciones, corriendo éste el peligro de ser flanqueado si pretende conservarlas.

Mientras charlamos, el coronel Canto, que está tirado en un rincón de la choza desmantelada que nos da abrigo, duerme profundamente. Dos veces se intenta recordarle para darle aviso de mi llegada; pero es imposible conseguirlo. Está abrumado por la fatiga y duerme sobre el duro suelo como en el más mullido lecho... Es un *sibarita* que se permite hasta *roncar* como si estuviera en su casa...

Se me reservaba todavía una sorpresa.

Saco de mi morral un paquete que contiene unos cuantos panes con jamón y una media botella de vino de Panquehue, que llevaba para hacer mi comida, y advierto en la fisonomía de mis compañeros un estallido de placer.

Esas provisiones son devoradas con la vista antes que con la boca.

Jamás he causado tanta felicidad con un pan.

¡Qué ironía! Un Ministro de Hacienda rebosando de contento porque puede disponer de un pan!

¡Es un colmo!!

La felicidad era completa en ese momento, y resolvimos entregarnos al sueño.

Como el lecho era tan espacioso como la superficie de la choza, no me costó gran trabajo encontrar hospedaje, y conciliar el sueño.

A las cuatro de la mañana del día 24 estaba ya á caballo para regresar á Concón con mi amigo Santiago Prado, llevando las más lisonjeras noticias del campamento.

Hablé con el coronel Canto, fuí á buscar de nuevo al coronel Körner, y me puse en marcha, sabiendo que en ese instante estaban ya en movimiento algunos cuerpos del ejército.

En el viaje de regreso pude ver lo que las sombras de la noche habían ocultado á mi vista en el viaje anterior.

Cadáveres, piezas de artillería, rifles, cananas, cartuchos, y cuanto objeto militar puede concebirse, daban al campo por donde marchábamos el aspecto más lúgubre y terrible.

No hay pluma capaz de describir con exactitud un campo de batalla, dos días después de la acción.

¡Cuántas reflexiones y cuántas observaciones sobre la guerra, ese mal necesario de la humanidad, sugiere el cuadro que teníamos á la vista!

Las noticias de que soy portador producen á bordo del *Cochrane* el efecto más saludable, y todos forman planes para la entrada á Valparaíso y para la llegada á nuestros hogares.

A las once de la mañana me dirijo por segunda vez al campamento en compañía de mi amigo Ventura Blanco, llevando á los jefes del ejército las felicitaciones de los jefes de la escuadra por las determinaciones que se han tomado.

Apresuramos nuestra marcha, temiendo no encontrar ya al ejército en su campamento.

En el camino encontramos en dirección opuesta, á algunos arrieros que regresan el campamento, adonde han llevado víveres y municiones, y nos refieren que acaban de recibirse grandes noticias: que en Santiago ha habido un levantamiento y que Balmaceda fué ultimado, quedando la población á merced de las fuerzas sublevadas y bajo las órdenes de los directores de los trabajos revolucionarios.

Nosotros recibimos con incredulidad las noticias; pero llegamos á convencernos de que algo de importancia ha sucedido, porque todos los viajeros las repiten, y porque todos los semblantes revelan contento y satisfacción.

Apuramos la marcha y en el campamento resolvemos las dudas.

Esas noticias han sido inventadas y divulgadas por el capellán Lisboa, cuya imaginación es admirable, con el objeto de levantar el espíritu del ejército y de preparar su ánimo para las próximas jornadas.

El resultado es prodigioso; todo el mundo está rebotando bienestar y contento, y en todas partes se advierten los síntomas de grandes acontecimientos.

Sólo queda en el campamento la primera brigada; las otras dos van en marcha hacia Quilpué.

Todos los cuerpos de la primera brigada están en movimiento, simulando marchas, para engañar al enemigo, que observa desde sus posiciones.

El coronel Canto y el Ministro de Hacienda están listos para partir.

Media hora después regresamos á Concón, dejando en marcha, con dirección á Quilpué, al coronel Canto.

XIV

El espíritu de la tropa se fortifica.—Conferencias de jefes.—Se resuelve el plan de operaciones.—Ocupación de Quilpué.—Alcérreca estadista.—Famoso telegrama.—Operaciones.—Recursos.—Importuno aguacero.—Noticias del enemigo.—Los Húsares de Collipulli.—Sorpresa de una avanzada.—Descanso y solaz en Las Palmas.—La partida.

En el momento de la partida del ejército en dirección á Quilpué, el espíritu de la tropa en general, y particularmente el de los jefes y oficiales, es excelente.

A la sola noticia de la marcha, se borran todas las huellas y hasta el recuerdo de las penalidades sufridas en los días siguientes á la batalla de Concón.

El frío, y especialmente el hambre, habían producido malestar y desfallecimientos, agravados por la permanencia en el campamento.

El espíritu del soldado en campaña es mantenido especialmente por la expectativa del combate; cuando lo ve lejano, ó cuando nota indecisiones, su ánimo decae y se hace exigente, porque en ese estado siente más vivamente las necesidades materiales.

El desistimiento del ataque resuelto para el día 23 y la escasez de provisiones, y en particular la de sal, que faltó hasta para los oficiales, produjo el efecto indicado.

Es increíble cuánto contribuye á fortalecer el ánimo del soldado la buena alimentación.

Todo es llevadero para él cuando está bien alimentado.

A bordo de los buques había víveres en gran abundancia, parte de los cuales estaban desembarcados en Quintero; pero era imposible su acarreo al campamento en las cantidades necesarias para 10,000 hombres, porque no había absolutamente ni carretas ni animales, puesto que todos los elementos de transporte fueron

internados con anticipación por orden del Dictador.

Fué menester destinar al acarreo de municiones y de víveres las mismas mulas destinadas á otros servicios del ejército.

El día 23 fué sin duda el período crítico de la campaña.

Los mismos jefes y oficiales, que sufrían en primer término todos los rigores de la situación, se sintieron contrariados.

En los consejos que se celebraron para discutir y acordar el plan de las operaciones siguientes, se emitieron diversas ideas y proyectos en relación con las noticias que se tenían acerca de las fuerzas enemigas y de sus posiciones.

Se insinuó hasta la marcha en dirección á Santiago, que en ese momento estaba desguarnecida, casi en abandono, pero se desechó esa indicación porque el objetivo principal era la destrucción del ejército que sostenía á la Dictadura.

La ocupación de Santiago sin destruir el ejército enemigo y sin estar en posesión de Valparaíso, era inconveniente bajo todos aspectos.

Prevaleció, pues, la opinión más acertada, que era también la del mayor número de los que tenían participación en las conferencias, esto es, la de ocupar á Valparaíso.

Se resolvió, por fin, el plan de operaciones, cuya primera jornada fué la marcha sobre Quilpué, y la tropa, bien alimentada ya, se dispuso á ejecutarla en las mejores condiciones y con la misma energía y entusiasmo con que desembarcó el día 20 en Quintero.

La marcha sobre Quilpué tenía por objeto no solamente adueñarse de las vías de comunicación de las fuerzas dictatoriales con Santiago, dejando enteramente incomunicados al Dictador y á su leal ejército, sino también tomar el camino que conduce á Valparaíso por la Placilla, para obligar de esta manera al enemigo

á desalojar las fuertes posiciones que ocupaba en los cerros de Miramar.

El mismo día 24 entraron á Quilpué las primeras tropas libertadoras, que fueron recibidas con entusiasmo indescriptible por toda la población. Fué la primera del centro del país que dejó de sentir el pesado yugo de la ominosa tiranía, y que gozó de los beneficios de la libertad.

En la mañana habían evacuado precipitadamente la ciudad las fuerzas dictatoriales, parte de las cuales se convirtieron poco después, como por encantamiento, en tropas constitucionales.

En Quilpué habían estado recientemente los dos grandes estratégicos del siglo: Balmaceda y Bañados Muzard, especialistas ambos en la táctica de los *movimientos envolventes* y de las *concentraciones rápidas*, que con tanto brillo experimentaron para envolverse ellos mismos, y para concentrar en la Placilla los cadáveres de Barbosa y Alcérreca.

¡Oh poder de la petulancia y de la maldad!

La oficina telegráfica de Quilpué era un arsenal de noticias telegráficas sobre todas las operaciones dirigidas por los *genios* que sostenían la Dictadura.

Tan poderosa es la influencia del contacto, que hasta Alcérreca, el ilustre general de Balmaceda, había llegado á darse cuenta, en el *corto* plazo de siete meses de vida íntima con el *táctico* Bañados Muzard, de que el triunfo de la revolución sería perjudicial *para el país*, ó mejor dicho para sus bolsillos.

Así lo decía en el siguiente telegrama dirigido por Alcérreca, desde Valparaíso, á Balmaceda, que estaba en Quilpué:

"EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE:

"Después *de lo sucedido* (la derrota de Concón), convendría que una parte de la división de Coquimbo se

trasladase á Valparaíso ó Talcahuano, dejando en Coquimbo las fuerzas necesarias para *retirarse con ventajas* si es amagada. *No debe omitirse medios á fin de que la Revolución sea sofocada, pues sería un daño grave para el país el triunfo de ella.*

“ALCÉRRECA”

¡Qué lástima que este talento de estadista se revelara tan á última hora!

Nuestras fuerzas destruyeron en Quilpué la línea férrea, por donde se habían conducido á Valparaíso todas las tropas que Balmaceda tenía disponibles, incluso las de Talcahuano y Concepción, y los alambres del telégrafo.

El 25 de agosto se practicó un reconocimiento hacia Limache, bajo la dirección del coronel don Salvador Vergara, jefe de la segunda brigada.

En Quilpué se encontraron abundantes recursos, que tanto necesitaba nuestro ejército, y se agregaron algunos jóvenes escapados de Santiago y Valparaíso.

Los jefes y oficiales fueron cariñosamente atendidos y hospedados por las familias que habitaban la población.

Las primeras noticias que se tuvieron acerca del enemigo, no fueron completamente satisfactorias, pues se aseguraba que su efectivo alcanzaba á 16,000 hombres. Además, se sabía de un modo cierto que su artillería era tres veces superior en número á la nuestra.

Sin embargo, no era posible vacilar, ni retardar siquiera la aproximación al enemigo.

Nuestro ejército no podía ya estar en comunicación frecuente con la escuadra.

La gran distancia de Quilpué á la caleta de Concón, no permitía la conducción de víveres.

Por consiguiente, cualquier retardo causaba inmensos perjuicios á nuestras fuerzas y grandes ventajas al

enemigo que estaba en situación de aprovechar todo el tiempo disponible en mejorar sus posiciones, haciendo trincheras y toda clase de obras de defensa.

No era posible demorar más tiempo la partida del ejército.

En la tarde del día 25 se opera un brusco cambio atmosférico. Negras nubes oscurecen el azulado cielo que tan benigno nos ha sido, y poco después se precipita el agua con poca fuerza al principio. Más tarde arrecia la lluvia y toma las proporciones de un regular aguacero.

Aunque fuese la primera lluvia de que éramos testigos nosotros, que llegábamos de las ardientes pampas del norte, no pudimos recibirla con regocijo, sino con sorpresa alarmante.

¿Acaso el tiempo rompía la alianza que había pactado con nosotros para derrocar la tiranía?

¿O nos hacía simplemente una saludable advertencia de la necesidad de apurar la partida?

Para resolver el problema se acordó consultar un oráculo, y se comisionó á varios ayudantes para buscar un barómetro.

Encontróse felizmente un ejemplar en el pueblo, y fué objeto de las observaciones más minuciosas y atentas.

Jamás se hizo observación alguna con ojo más agudo y penetrante.

Los resultados fueron verdaderamente halagadores; el ascenso de la columna de mercurio devolvió la calma á todos los espíritus, y se vió asomar en todas las fisonomías la sonrisa del contento.

¡El tiempo seguía acompañándonos; seguía siendo nuestro fiel aliado!

Además, mientras llovía, llegó á Quilpué don Ricardo Larraín Urriola, llevando importantes noticias de las fuerzas enemigas y de su estado.

Don Ricardo y su hermano don Emilio, habían co-

rrido serios peligros para llegar al campamento, siendo sorprendidos en la noche del 21 por una avanzada dictatorial en Quebrada Verde.

Llevados á la presencia de Viel, tuvieron ocasión de observar la desastrosa impresión que había producido la derrota de Concón en los jefes, oficiales y soldados.

Por los señores Larraín Urriola se supo en nuestro campamento que las fuerzas de Balmaceda existentes en Viña del Mar, Valparaíso y alrededores alcanzaban á 10,000 hombres más ó menos, y muchísimas otras noticias halagadoras, que contribuyeron á acentuar la confianza de nuestro ejército.

En la madrugada del 26 el ejército empezó á abandonar el hospitalario campamento de Quilpué por el camino de Margamarga en dirección a la hacienda Las Palmas, perteneciente al *príncipe* Claudio.

En el momento de ponerse en movimiento la primera brigada, se incorporó al ejército una parte del regimiento Húsares de Collipulli, mandado por el mayor don Tulio Padilla, hermano del valiente mayor de nuestro ejército don Miguel Angel Padilla, que ostenta un número de cicatrices igual al de las acciones de guerra en que se ha encontrado.

Esta fuerza pertenece al regimiento de que era comandante Salvador Sanfuentes, que ha adquirido la celebridad de un gran criminal por sus atentados de toda clase cometidos durante el largo período que sirvió la intendencia de Concepción.

Ha sido la piedra angular de la Dictadura en el sur de Chile.

El bravo Padilla y los refuerzos que nos trae, son recibidos con gran júbilo.

Son las primeras y únicas tropas que, venciendo toda clase de resistencias, encuentran, no obstante, un camino para llegar hasta nosotros.

¡Honor al patriotismo del valiente Padilla!

Desde ese momento es el comandante del escua-

drón número 6 de Húsares *constitucionales*, con que es bautizado el cuerpo de su mando.

El mismo día, el comandante Rodolfo Ovalle, de los Granaderos constitucionales, que había sido comisionado para apoderarse de un piño de ganado mandado al ejército de Balmaceda por el gobernador de Casablanca, sorprendió una avanzada de 75 cazadores á caballo, de los cuales se incorporaron 50 al escuadrón de Granaderos.

En la hacienda de las Palmas costea la diversión el flamante y estirado candidato á la Presidencia de la República.

Hay numerosos bustos y retratos de *Claudio* en todas las actitudes imaginables.

Valen mucho más sin duda que el original, porque teniendo la misma cantidad de masa cerebral que éste, carecen de la facultad de hacer el mal, que es lo que ha dado mayor notoriedad al infeliz *Moro* encantado de la Alhambra.

En las Palmas almuerza abundantemente la tropa, merced á la generosidad de Claudio, que ha preparado y engordado los mejores ejemplares de sus renombrados carneros.

Al caer la tarde se pone nuevamente en marcha el ejército, no dejando más rastros de su paso por las Palmas, que los desperdicios de los animales consumidos.

Es fama que las fuerzas dictatoriales dejaban tras de sí el incendio y la desolación de todas partes, los ayes y lamentos de las mujeres y de los niños, que eran víctimas de los apetitos y de los instintos de crueldad que han caracterizado á todos los servidores de la Dictadura.

El abandono de cualquiera población por fuerzas dictatoriales era celebrado siempre con gran regocijo, y nuestro ejército es despedido en todas partes con inequívocas manifestaciones de sentimiento.

La jornada que emprende el ejército desde la hacienda de las Palmas es sumamente penosa. El camino que se ha elegido, con el objeto de evitar el paso de un estero, es malo, y la lluvia de la noche lo ha empeorado considerablemente.

Pero es menester avanzar rápidamente, y se apura la marcha cuanto lo permiten las circunstancias y el estado de la tropa, hasta llegar á la hacienda La Cadena, perteneciente también al *Moro* Claudio, adonde acampa el ejército.

XV

Incomunicación con la escuadra.—Operaciones de ésta.—Viaje á Coquimbo en busca del *Imperial*.—Viaje á San Antonio.—Manifestaciones del pueblo.—El secreto de ellas.—Encuentro con la *Condell*.—Impacencias.—Se recibe la noticia de la matanza de Lo Cañas.—Profunda indignación.—¡Maldición á los culpables!—Reacción.—Anuncio de la próxima batalla.—La madrugada del 27.—Nueva y profunda decepción.

Desde el día 24 de agosto, en que el ejército abandonó el campamento de Viña del Mar para dirigirse á Quilpué, se hicieron difíciles las comunicaciones con la escuadra. Propiamente hablando, quedamos en completa incomunicación.

Ya no fué posible continuar el envío de provisiones ni de ningún otro elemento al ejército.

Desde ese momento el ejército debía proveerse a sí mismo de todos los recursos necesarios.

Los buques de la escuadra continúan vigilando al enemigo, prontos siempre para prestar á las fuerzas constitucionales el apoyo necesario.

El *Cochrane*, el *Esmeralda*, la *O'Higgins* y la *Magallanes* rondan frente á Valparaíso, los unos hacia el norte y los otros hacia el sur, pero sin alejarse á mucha distancia.

Todas las mañanas amanecen frente á la población

y la observan con mirada penetrante, deseando siempre descubrir los fuegos precursores de la gran batalla que se espera.

Los trasportes armados *Aconcagua* y *Cachapoal* hacen rumbo á Coquimbo en persecución del *Imperial*, que, según informes que se han recibido, ha ido á traer fuerzas para conducir las á Valparaíso, con el objeto de reforzar el ya numeroso ejército de la Dictadura.

En la noche del 25 regresa esa división y el 26 se dirige el *Aconcagua* á San Antonio en busca de noticias. Su afortunado comandante, Vicente Merino Jarpa, se va á tierra y se apodera de los telegramas que encuentra en la oficina respectiva.

La población le dispensa la misma acogida cariñosa y entusiasta con que se recibe en todas partes á las fuerzas constitucionales.

Balmaceda ha tenido el dón de interesar en favor de la Revolución á todo el país y hasta á las clases sociales más inferiores.

El pueblo es el que más ha sufrido durante la Dictadura.

Cada hogar ha sido asaltado y saqueado á la sombra del régimen implantado por el Dictador.

Los hombres han sido arrastrados á los cuarteles, y las mujeres, las pobres mujeres, han sufrido otras torturas y vejámenes.

Por eso el pueblo entero simpatiza con la Revolución. Son todos revolucionarios. No hay en esa clase social, traficantes políticos que apoyen la Dictadura.

El *Aconcagua* regresa á Quintero sin traer noticias de importancia.

La *Magallanes* y la *O'Higgins* avistan en otra ocasión á la *Condell* que, al mando del tahir Moraga, viene de Talcahuano.

Hace ademán la torpedera de atacar á la *O'Higgins*, pero tan pronto como ésta procura estrechar la distancia para ponerse á tiro, el mercenario, dando toda

fuerza á la máquina, emprende la fuga velozmente.

Se le provoca con dos disparos, pero el valiente Moraga se manifiesta sordo, porque no hay ocasión de obrar á traición ó con engaño.

El rol de todas las naves está reducido á recorrer la costa esperando los acontecimientos, y á vigilar todas las noches para impedir las sorpresas que pueden intentar las torpederas.

Esa vida, cuando se esperan acontecimientos de tanta importancia, produce aburrimientos é impaciencias.

Cada hora parece un siglo.

El malestar se manifiesta de las maneras más diversas, según el temperamento y el carácter de cada cual.

Nadie tiene tranquilidad para entregarse á cualquier trabajo que serviría sin duda para atenuar el rigor de la situación.

Desde el amanecer estamos en el puente con el oído atento.

La fatiga moral hace languidecer y desfallecer los espíritus.

Solamente conservan tranquilidad los marinos, que están familiarizados con las situaciones más difíciles, y que saben demasiado que la primera cualidad del hombre de guerra es saber esperar.

Pero para llegar á adquirir esa valiosa facultad, es menester una vida entera de sacrificios y de sufrimientos.

Nuestras inquietudes se convierten el día 26 en el pesar más profundo.

En la mañana llega á nosotros el presbítero don Hilario Fernández, venciendo grandes dificultades y exponiéndose á ser tratado como traidor y como espía.

Por él tenemos la primera noticia de la horrible matanza de Lo Cañas, ordenada por el autor de todas las desgracias y de todos los crímenes que afligen á Chile entero.

Nos resistimos á creer que sean ciertos todos los horribles detalles de tan espantosa carnicería que nos relata la autorizada palabra del señor Fernández.

No podemos concebir que sea verdad el sacrificio sangriento de cincuenta ó más niños por el crimen de pretender librar á su patria de la esclavitud que la degrada.

Nuestro espíritu se niega á creer que sea cierto que una mujer, que es madre, haya podido celebrar ese crimen atroz, bebiendo champagne en la Moneda con el sanguinario San Martín, que prueba la verdad de su relación, mostrando sus manos empapadas en la generosa sangre de las víctimas...

Pero ¿acaso no está fresco el recuerdo de la orgía con que se celebró, en la Moneda también, en la noche del 24 de abril, la muerte de los tripulantes del *Blanco*?

¿Acaso no está latente el recuerdo de la visita que hizo la infeliz viuda del mártir Cumming, con el objeto de implorar clemencia?

¿Se imaginó encontrar corazones como el suyo, y los encontró petrificados y mas fríos que el mármol!

El vértigo del crimen y de la maldad que domina á todos los que habitan la Moneda, hombres y mujeres, los ha convertido en fieras más sanguinarias y crueles que las hienas y los chacales.

Entre los nombres de las víctimas de Lo Cañas, figura el de Lucho Arrieta, á cuya memoria rindo el más cariñoso homenaje que puede tributar la amistad y el compañerismo.

La sangre de esas preciosas víctimas ha de caer sobre las cabezas de sus verdugos, y la maldición de las madres de los mártires alcanzará á todos los culpables, desde el que ordenó la matanza hasta el que se negó á interceder por ellos...

¡Que ninguno de los culpables tenga jamás reposo y que en parte alguna encuentre ni piedad ni compasión!

Á las cinco de la tarde del 26 se recibe del campamento una comunicación en clave, anunciando que el día siguiente á las 6 A. M. se opera sobre Valparaíso.

Esta noticia disipa todo el profundo malestar y la negra melancolía que abruma los ánimos, y transforma los semblantes adustos y sombríos en las fisonomías más placenteras y risueñas.

Se tiene la certidumbre de que no se sufrirán nuevas decepciones, y se espera con impaciencia la mañana del día siguiente.

Tan pronto como aclara, todos están observando las alturas de Valparaíso y tratando de penetrar con la vista la bruma que apenas hace visibles los contornos de los cerros.

Aunque no se oye el estampido del cañón, nadie duda de que ya ha principiado ó va á principiar el combate.

A medida que la luz despeja el horizonte, se conciben más y más esperanzas de observar las manifestaciones de la batalla.

Un rato después alguien llama la atención á una especie de humareda sobre los cerros más altos de Valparaíso, y es tan intenso el deseo de que sea cierto el anuncio, que la mayor parte de los observadores lo confirman y aseguran que ya está empeñada la acción.

Otros, menos optimistas, no se dejan engañar por el deseo, y contradicen á aquéllos.

Así transcurre el tiempo hasta las nueve de la mañana, hora en que se desvanecen todas las ilusiones, para ceder su lugar á la más abrumadora realidad.

El *Cochrane*, que ya ha consumido casi totalmente el carbón embarcado en Iquique, y que tiene absoluta necesidad de abastecerse para las operaciones posteriores, se dirige á Quintero y ocupa todo el día en embarcar combustible.

Mientras tanto, la impaciencia y el tedio dominan y corroen los ánimos.

La última decepción que ha sobrevenido, después del aviso oficial de que la batalla sería en esa mañana, produce el malestar más profundo.

Se habían concebido tantas expectativas, y se habían formado tantos y tan gratos proyectos, que no es posible abandonarlos y verlos desvanecerse sin sentir la amargura más intensa.

Los mismos oficiales del *Cochrane*, que con tan levantado espíritu han soportado todas las contrariedades, y que tan pacientemente han esperado los acontecimientos, se dejan dominar por el aburrimiento.

Suponen ellos que ha habido dificultades que no ha sido posible vencer, que las jornadas que ha tenido que hacer el ejército han sido más largas de lo que se había calculado, y discurren siempre en la hipótesis de que el retardo proviene de circunstancias extraordinarias, pero participan, no obstante, del malestar que abate los ánimos menos preparados para sobreponerse á tan grande decepción.

Los menos pesimistas esperan hasta la tarde las noticias tan deseadas; pero llega la noche, y sus sombras disipan las expectativas que han de renacer más vivas al día siguiente.

XVI

Causas del retardo.—Reconocimiento.—El enemigo cambia posiciones.—Se prepara para la victoria.—No habrá perdón para nadie.—Conferencia de los jefes del ejército libertador.—El coronel Körner y el coronel Canto.—Precauciones.—En marcha.—La Placilla.—Principia la batalla.—Cae el comandante Enrique del Canto.—Los Húsares.—Barbosa y Alcérreca.—Derrota y fuga.—Sensibles pérdidas.—Fernando Huidobro y Francisco Cabezón.—Ortúzar y Aldunate.

La gran batalla á las puertas de Valparaíso debió librarse, como lo hemos dicho, en la madrugada del día 27 de agosto, según la comunicación dirigida el

día anterior por el Ministro de Hacienda al señor don Jorge Montt.

Todo se había preparado y calculado para ese día.

Mas no fué prudente cumplir en esa parte el programa, sin exponerse á un fracaso, ó por lo menos á que el combate fuera mucho más reñido y sangriento que lo que debía ser.

La penosa marcha desde Quilpué hasta el fundo Cadenas, que demoró la mayor parte del día y toda la noche del miércoles 26 de agosto, produjo tanto cansancio en la tropa, que fué menester resolverse á esperar un día más para que se repusiera de la fatiga.

Se acordó, pues, acampar en el fundo Cadenas hasta el día siguiente, dando tiempo al ejército para restaurar las fuerzas perdidas y para cobrar los bríos y el empuje que habían de decidir la victoria tan rápidamente.

Mientras la tropa descansaba, los coroneles Canto y Körner avanzaron hasta cerca de la Placilla con el objeto de hacer un reconocimiento del campo en que había de empeñarse la batalla y de estudiar las posiciones del enemigo.

El ejército dictatorial, que arregló primero sus posiciones en los cerros de Miramar y Viña del Mar hasta la puntilla del Burro, las abandonó tan pronto como se cercioró de que el coronel Canto renunciaba al ataque por Viña del Mar.

Parece que los generales de Balmaceda vacilaron mucho antes de abandonar esas posiciones, creyendo que los movimientos de nuestro ejército eran simulados.

No podían concebir, Barbosa y Alcérreca, que el coronel Canto se resolviera á quedar en completa incomunicación con la escuadra, haciendo imposible la retirada en caso de un desastre, y más imposible aún el reembarque.

Persuadidos al fin de que el coronel Canto realizaba

lo que en concepto de ellos era una *temeridad*, resolvieron cambiar la línea, y desde el martes 25, durante el día y la noche, se ocuparon en la traslación de las tropas y de todo el equipo.

La pesada y numerosa artillería extendida en los cerros de Viña del Mar, fué conducida á Valparaíso y llevada por el camino de la Placilla.

El día 27 los dictatoriales tenían ya definitivamente arregladas sus líneas, y estaban listos para arrollar y envolver á los constitucionales.

Habían tomado todas las precauciones necesarias para que la victoria fuera completa, y para que no pudiera escapar ni uno sólo de los que ellos llamaban rebeldes y traidores.

Había cuerpos especialmente destinados para ultimar á los soldados que después de la derrota pretendieran embarcarse por Lagunas, único punto por donde era posible hacerlo.

Con igual confianza que los dictatoriales, nuestros jefes hacían en la noche del 27 de agosto los últimos aprestos y tomaban las últimas disposiciones.

Se celebró una conferencia á que asistieron los comandantes de brigadas y de todos los cuerpos del ejército.

Ella se verificó en una pieza, en cuyo suelo el coronel Körner dibujó con un trozo de carbón el campo en que se comprometería la acción.

Marcó las posiciones enemigas y la colocación que habían de tomar los nuestros, y explicó detalladamente el plan de ataque y el rol que correspondía á cada brigada y regimiento.

Uno de los jefes que concurrió á esa conferencia me decía después de la batalla, que el programa del coronel Körner se había cumplido con exactitud matemática, y que las explicaciones que hizo correspondieron con toda precisión á la realidad, sin equivocarse en ningún punto sustancial.

En la misma conferencia preguntó uno de los concurrentes al coronel Canto, si se había pensado en la retirada en caso de un desastre, y cuál sería el lugar de concentración de las tropas dispersas.

El coronel Canto, á cuya penetración no podía escaparse una cuestión de tanta importancia, contestó sin embarazo, con arrogante energía:

—¡La retirada no será mandada por mí! El que me reemplace sabrá lo que debe hacer!

Esa respuesta espontánea é improvisada, reveló bien netamente el temple del valiente jefe que al día siguiente conduciría á las legiones libertadoras á la victoria.

El mismo día 27 de agosto se había dispuesto que algunas tropas de caballería ocuparan las inmediaciones del gran estanque llamado La Ceniza, con el fin de impedir que el enemigo pudiera pretender vaciarlo sobre nuestro ejército, rompiendo las murrallas ó contrafuertes.

Situada esa represa á considerable altura sobre el campo de la acción, constituía un grave peligro para nuestro ejército, porque fácilmente se podían destruir sus murallas y derramar la inmensa cantidad de agua que contenía sobre el campo en que debían operar las fuerzas constitucionales.

Felizmente no intentó el enemigo ese gran recurso que tenía á su alcance.

En la madrugada del día viernes, 28 de agosto, el ejército libertador se puso en movimiento en dirección al enemigo.

Partió en primer lugar la primera brigada, seguida de cerca por la segunda y la tercera.

El espíritu de la tropa y su estado en general era muy superior, si esto es posible, al del día de la batalla de Concón, pues ahora para ponerse al frente del enemigo, no tenía que vencer los inconvenientes natu-

rales que tanto disminuyeron su empuje al comienzo de la batalla de Concón.

Antes de las 7 de la mañana la artillería constitucional había tomado sus posiciones, y roto los fuegos contra el enemigo.

Los dictatoriales contestan al punto con un cañoneo inmensamente más rudo y nutrido, porque las piezas de artillería que tienen en la línea son tres ó cuatro veces superior en número á las nuestras.

Los fuegos enemigos produjeron en el primer momento desorden y confusión en el parque y en los bagajes, que marchaban á retaguardia.

Mientras tanto la artillería seguía avanzando al abrigo de los cerros de la derecha del camino real, hasta colocarse á distancia en que los fuegos fueran eficaces.

La primera brigada inició el ataque y lo mantuvo ella sola durante media hora, más ó menos.

La segunda brigada, que seguía á aquélla, se corrió á la derecha y atacó al enemigo por el ala izquierda.

La tercera brigada recibió orden de proteger á la primera, que ya había logrado romper la línea enemiga en el punto en que concentró todos sus esfuerzos, pero á costa de grandes pérdidas.

En el momento de ponerse en movimiento esta brigada, una bala fría alcanza á su jefe, el bravo teniente coronel don Enrique del Canto, que cae desplomado de su caballo.

Tan desgraciado comienzo no desalienta á sus huestes, sino, por el contrario, reanima su espíritu, y entran al combate jurando vengar al malogrado jefe, bajo el mando del teniente coronel don José Manuel Ortúzar, á quien corresponde sucederle.

Inmediatamente después de esta brigada avanza la caballería por el camino real, para caer sobre el enemigo por la retaguardia de su ala derecha, y lo ataca

con empuje vigoroso é irresistible, precipitando la derrota, que ya estaba pronunciada en toda la línea, y apoderándose de varias piezas de artillería.

A la cabeza de la caballería marcha el escuadrón de Húsares, incorporado en Quilpué, cuyo valiente jefe, el mayor Padilla, había pedido el puesto de mayor peligro para manifestar que era digno de batirse al lado de los constitucionales organizados en el norte.

Los Húsares, los Guías y los Lanceros, que operan juntos, envuelven al Estado Mayor del ejército de la Dictadura, y dan cuenta de los generales Barbosa y Alcérreca, que caen bajo los afilados sables de los que han jurado aplicarles el castigo que merecen por los numerosos y tremendos crímenes con que han ensangrentado sus manos durante los ocho meses que han servido á la Dictadura, esparciendo el horror en todas partes.

La artillería constitucional, que no ha cesado de avanzar á medida que sus certeros disparos debilitaban la línea enemiga, adelanta siempre hasta ocupar las posiciones que antes eran de los dictatoriales, y llega á tiempo para utilizar en contra de ellos sus propios cañones, haciendo varios disparos.

Arrollado y deshecho el enemigo en todas partes, principió la fuga de los dictatoriales y su persecución por los nuestros.

Las últimas tentativas de resistencia que se hacían en el ala izquierda de los dictatoriales, por tropas guarecidas en los bosquecillos y accidentes del terreno, fueron dominados por la segunda brigada, que limpió definitivamente el campo de enemigos.

Á las diez de la mañana, esto es tres horas después que se rompieron los fuegos de artillería, la batalla estaba resuelta, y nuestra caballería avanzaba sobre Valparaíso.

Habría podido ocuparse inmediatamente la ciudad; pero estando formado en la Alameda de las Delicias

el batallón Ángeles, se prefirió enviar á la plaza un parlamentario para exigir la entrega de ella, y hacer avanzar entretanto á la infantería con el fin de que estuviera pronta para cualquiera eventualidad.

Las pérdidas sufridas por los dictatoriales fueron, como en Concón, inmensamente superiores en número á las nuestras; pero de ninguna manera tan valiosas y sensibles como las de los distinguidos oficiales que pagaron con su vida la libertad que legaron á su patria en los momentos de su agonía.

Barbosa y Alcérreca no murieron como soldados, sino como mueren los criminales en el patíbulo, cobardemente, y con la conciencia abrumada por el remordimiento de haber sido ruines y abyectos servidores del régimen más brutal que se haya implantado en país alguno.

Ambos murieron balbuceando con humillación el perdón que nuestros soldados les negaron, porque ya no eran soldados, sino jueces que satisfacían la vindicta pública.

Por nuestra parte, además del comandante Enrique del Canto, cuya muerte nunca será bastante lamentada, perdimos los mayores Fernando García Huidobro, segundo jefe del escuadrón Guías, y Francisco Cabezón, segundo jefe también del regimiento Antofagasta, 8.º de línea.

Ambos eran una esperanza para el porvenir.

Cayeron igualmente numerosos jóvenes, oficiales improvisados, pero tan resueltos y valientes como los jefes á que obedecían.

Es glorioso morir por la patria; pero caer como cayeron esos valientes, en las mismas puertas de sus hogares, adonde les esperaban con orgullo queridos deudos, es una crueldad del destino...

¡Pobres padres, esposas é hijas cuyo júbilo patriótico fué amargado por el sacrificio de los suyos!

Que les sirva al meñón de lenitivo la consideración

de que la generosa sangre de esos decididos defensores de la ley y del orden, no se ha derramado estérilmente, porque con ella se ha cimentado de un modo permanente en esta querida tierra el régimen constitucional.

En el campo de la Placilla quedaron heridos valientes oficiales del ejército constitucional que desafiaron con impavidez los furores de los impotentes esbirros dictatoriales, que tanto valor habían desplegado al frente de sus víctimas indefensas, y que en el campo de batalla se apresuraron á tomar la fuga.

José Manuel Ortúzar, sucesor de Enrique del Canto en el mando de la tercera brigada; Santiago Aldunate Bascuñán, comandante del Tarapacá, 9.º de línea, y muchos otros distinguidos jóvenes, regaron con su generosa sangre el campo endonde se asestó el último golpe á la ominosa dictadura que tenía á su servicio la más selecta colección de especuladores de los caudales públicos y de los hombres más corrompidos y criminales.

XVII

Fuga de los notables de la Dictadura.—Última manifestación de un lustrabotas.—Ocupación de Valparaíso.—La última villanía.—Ocupación de la *Lynch*.—Aviso á la escuadra.—A bordo del *Cochrane*.—Regocijo.—Entrada del *Cochrane* á Valparaíso.—Felicitaciones.—¡En tierra!

Apenas cerciorados de la victoria obtenida por las fuerzas constitucionales, los notables de la Dictadura Claudio Vicuña, Oscar Viel, Julio Bañados, Ismael Pérez, y otros, escaparon precipitadamente de Valparaíso y se refugiaron á bordo de las naves de guerra extranjeras, en los mismos momentos en que entraban á la población las huestes victoriosas del ejército que había traído la libertad al país.

Oímos referir en Valparaíso que el arlequín Bañados *Muzard*, cuyo segundo apellido se lo dió la opinión pública para recordar las primeras rapacerías de su vida política, se paseó en carruaje por las calles de Valparaíso, envuelto en una bandera chilena, viviendo ufano al Dictador Balmaceda, á quien sirvió en todos los oficios imaginables, desde lustrabotas hasta Ministro del Interior.

Las fuerzas constitucionales tomaron posesión de Valparaíso en medio de las aclamaciones patrióticas y del regocijo más entusiasta de la numerosa población, que despertaba después de un letargo de ocho meses, durante los cuales las manifestaciones del patriotismo habían sido sofocadas con abundante y generosa sangre.

El pueblo de Valparaíso, que había presenciado el martirio de los tripulantes de la *Guale*, de Ricardo Cumming y de sus compañeros, y que estaba consternado aún por la noticia del asesinato de cincuenta ó más jóvenes en Lo Cañas, tuvo un despertar digno de sus antecedentes y de su tradicional entereza y patriotismo.

Pero había de ser testigo todavía de una última manifestación de la ferocidad y villanía de los agentes de la Dictadura.

Como á las 2 de la tarde llegaba á la plaza del muelle de pasajeros una parte de las fuerzas del ejército vencedor, y estando en la actitud más pacífica, es sorprendida por los fuegos de los cañones de la torpedera *Almirante Lynch*, dirigidos por el traidor Fuentes, émulo de Moraga.

Tan injustificada y cobarde agresión es repelida por las tropas y por el pueblo, obligando á la tripulación á abandonar precipitadamente la nave, que es abordada inmediatamente por el pueblo y por oficiales y tropas constitucionales.

Otros entusiastas ciudadanos se embarcan en una

de las lanchas del resguardo y hacen rumbo mar afuera, con el objeto de llevar á la escuadra la noticia de la ocupación de Valparaíso.

En el *Cochrane*, que ha voltegeado toda la mañana al frente de Valparaíso, ha habido sostenidas discusiones sobre la batalla.

Los que hemos sentido el cañoneo, aunque con algunas intermitencias á causa de la distancia, estamos seguros de que se ha librado la batalla tan ansiada, y no nos conformamos con que el blindado se dirija á caleta Concón para hacer la *siesta* de todos los días.

Pero como no logramos convencer á los jefes, de los hechos que nuestros oídos han comprobado, nos resolvemos á esperar en la caleta el anuncio de la victoria.

Entre tres y cuatro de la tarde se da aviso de que una embarcación que viene de Valparaíso se dirige hacia nosotros.

Inmediatamente se ordena levar ancla para salir al encuentro de ella.

Un rato después se anuncia que flamea en la embarcación la bandera chilena y que viene tripulada por una inmensa cantidad de gente.

Minutos más tarde llegan á nuestros oídos las exclamaciones entusiastas y los *¡viva Chile! ¡viva la escuadra!* con que nos saludan los heraldos de la victoria.

Atraca la lancha al *Cochrane* y se trasbordan algunos de los tripulantes, que dominados por la más profunda emoción, nos refieren con medias palabras los grandes acontecimientos del día.

El *Cochrane* se dirige entonces á toda fuerza á Valparaíso, por delante de las baterías que días antes vomitaban metrallas contra él, y entra al puerto pasando con arrogancia y altanería por entre los cruceros norteamericanos *San Francisco* y *Baltimore*, cuyas tripulaciones por vez primera nos hacen señaladas manifestaciones de *simpatías*...

Pero el recuerdo tan vivo de recientes hechos á favor

de la Dictadura, y de marcados actos de hostilidad á nuestra causa, nos impiden corresponder á esas manifestaciones, que recibimos con la mayor indiferencia y en el silencio más profundo...

En todas las otras naves y hasta en las mercantes se nos saluda con entusiastas ¡hurras! que la tripulación del *Cochrane* contesta con unísonos vivas á Chile y á la libertad.

Tan pronto como el blindado se aguantó sobre sus máquinas para que desembarcara el comandante Montt, atracaron los botes de los buques de guerra extranjeros, tripulados por oficiales que iban á saludar al comandante.

Los primeros que pisaron la cubierta del blindado fueron los norteamericanos.

Minutos más tarde nos dirigimos á tierra y pisamos por vez primera, después de tantos meses, el mismo muelle por donde nos habíamos embarcado sustrayéndonos á las miradas de los espías pagados por la Dictadura, y con la conciencia de que cometíamos el crimen más atroz de que entonces podía hacerse culpable un ciudadano, como era el de emigrar, abandonando todo lo más querido, para ayudar á restaurar el régimen de la ley y de la libertad en la patria envilecida y desangrada por los hombres más infames y criminales.

Nuestro desembarco era la realización del ideal más acariciado durante largos meses... era la realidad de un sueño que se había prolongado tanto tiempo cuanto había durado nuestra ausencia de los hogares que habíamos dejado en el abandono y en la desolación...

Las impresiones de esos momentos no pueden reproducirse en el papel.

XVIII

Conclusión

Las batallas de Concón y de la Placilla minaron los cimientos de la Dictadura, y produjeron el derrumbe del régimen más ominoso que haya soportado país alguno, aplastando al soberbio Dictador y á sus secuaces, tan criminales como él.

El éxito tan sorprendente obtenido por las huestes libertadoras, cuyo número era tres veces inferior al del ejército que fué destruído completamente, es una lección cuyo recuerdo debe perpetuarse en nuestra querida patria, como enseñanza de que en ella no pueden surgir los dictadores.

Balmaceda creyó, con sobrada razon, que le era posible sojuzgar al país, porque contaba con sobrados elementos para ello.

Derrochó ingentes riquezas, con las cuales organizó un poderoso ejército de soldados y otro ejército más numeroso aun, de traficantes, ambiciosos, criminales y de todos los malos elementos del país.

Formó con éstos una clase social desconocida antes, una verdadera compañía explotadora de la nación, de la que fueron accionistas todos los hombres dispuestos á vender su adhesión.

El Congreso, la Magistratura judicial, el ejército y todos los servicios públicos fueron asaltados por una turba hambrienta y corrompida, por advenedizos á quienes deslumbró la altura en que se imaginaron estar, y la liberalidad que se les otorgó de poner precio á sus propias conciencias.

A ellos entregó Balmaceda lo único que pretendían, el precio de su lealtad, y todos, ciegos adoradores del éxito, ambiciosos sin escrúpulos, llegaron á creer

que vivían en un país ideal, y solamente se preocuparon de mantener el régimen á que debían su exaltación y de conservar las pingües rentas que percibían mes á mes, además de las gratificaciones extraordinarias.

Se dejaron seducir hasta algunos hombres que aparentaban ser honrados, y que después han revelado que también estaban pervertidos.

Las cartas dadas á la publicidad han pintado de cuerpo entero y al natural á muchos hombres que habían conseguido figurar entre la gente honrada.

En la embriaguez producida por la altura á que inopinadamente llegaron, no quisieron contemplar las desgracias del país, y lo olvidaron completamente, porque para ellos la patria era la hacienda pública, y las libertades consistían en el derecho de robar. . . y ellos tenían patria y tenían libertades. . .

Pero llegó la hora de la justicia, y en la misma tumba cayeron el régimen dictatorial y sus hombres, Balmaceda y sus secuaces, para no levantarse más.

¡Jamás podrá erguirse de nuevo la dictadura en Chile!

La reorganización del país exige en la hora presente y para el porvenir, el concurso honrado de todos los buenos ciudadanos, é impone deberes y responsabilidades de que nadie puede excusarse si no se quiere esterilizar los sacrificios, la sangre y todas las crueles enseñanzas del cataclismo que produjo al país la locura y la insensatez de un mal ciudadano, de ese hombre único en la historia nacional, que será eternamente maldecido mientras esta querida tierra dé albergue á un hombre honrado.

Nuestros hombres públicos, á quienes corresponde secundar la obra de la armada y del ejército, no deben olvidar jamás ni las causas que engendraron la Dictadura, ni los inmensos sacrificios que cuesta el restablecimiento de las instituciones.

Deben recordar siempre que la Dictadura nació y creció al calor de las pequeñas y mezquinas rencillas personales y de partido de que por desgracia se ha alimentado la política del país en los últimos años, relegando al olvido los grandes problemas políticos, sociales y económicos que debieran ser el único tema de la acción de todos.

Mientras se conserve ese recuerdo y mientras se rinda homenaje de gratitud y admiración á todos los patriotas que han caído, víctimas de su abnegación, desde el 7 de enero hasta el 28 de agosto, es imposible, materialmente imposible, que puedan germinar de nuevo los vicios, los defectos y los malos hábitos que ocasionaron la funesta Dictadura.

La distinguida juventud que tan valientemente ha servido en los campos de batalla, al lado de los dignos jefes, no debe olvidar tampoco que la libertad y el restablecimiento de las instituciones es su propia obra, y que está obligada á velar por su conservación con la misma energía y con el mismo patriotismo de que dió tantas pruebas durante toda la campaña y particularmente en los campos de batalla.

Esa juventud es responsable del porvenir de nuestra querida patria, y por consiguiente hay motivos fundados para estar seguros de que no se malograrán los frutos de la obra que tan valientemente se inició el 7 de enero á bordo de las naves de la escuadra nacional, y que tan dignamente fué coronada en los campos de Concón y Placilla.

Pongo término, mi querido señor y amigo, á esta indigesta carta, pidiéndole que me absuelva del pecado que cometí, aceptando un compromiso superior á mis fuerzas.

Invoco en mi favor, querido maestro, mi sincero

arrepentimiento, su reconocida benevolencia, y la excusa de haber contraído esa obligación por obedecer á sentimientos y afectos que nacieron en los bancos del Instituto Nacional, en donde aprendí la noción del deber.

Su decidido amigo y agradecido discípulo

ISMAEL VALDÉS VERGARA.

